



## NOSOTROS

### LEONARDO DE VINCI

Leonardo de Vinci es mucho más conocido de fama que de hecho. Falta el medio de estimar con justicia al artista y al sabio. En efecto del Cenáculo no ha quedado otra cosa que la huella del sitio que ocupaba en la pared; de los retratos que se conservan bajo su nombre, los más son de dudosa autenticidad, y los dos ó tres auténticos, ó están averiados ó inconclusos; é igualmente inconclusos ó averiados están los pocos cuadros con seguridad suyos. Ninguna obra de escultura, ni los relieves ni las cabezas de que habla Vasari, ni la gran estatua ecuestre de Francisco Storza, alrededor de la cual trabajó por bien 16 años, se ha conservado: sólo de algunas estatuas que véense en San Juan de Florencia sábase que por él fueron hechos los modelos.

Sus códices, salvados como por milagro de la incuria de los ignorantes y de la rapacidad de los admiradores, son bastantes, pero tienen confundidas las hojas, y se hallan dispersos más que reunidos por las bibliotecas de Europa. El siglo pasado se ha hecho acreedor de Leonardo, llevando á término la publicación de varios de sus escritos y emprendiendo la de los restantes. Por el primero el físico de Modena Juan Bautista Venturi hizo un extracto de los escritos de Leonardo y lo publicó en Paris en 1797; pero estudios serios no se hicieron sino más tarde por parte de

Carlos Ravaisson Mollien en Francia, y de Juan Pablo Richter en Inglaterra. Ravaisson tuvo á tal efecto del gobierno francés un subsidio de más de cien mil liras. Ahora se está imprimiendo en Milán el Códice Atlántico, el verdadero testamento de Leonardo, en el que se hallan reunidos sus estudios desde cuando era todavía casi niño, hasta los últimos años de su vida. Falta aún, sin embargo, ordenarlos é interpretarlos, y que sean hechos accesibles por su precio á los estudiosos.

En lo que se refiere á su vida, Venturi y Amoretti recogieron con mucha diligencia y poco ó ningún discernimiento todo lo que se encuentra en el Anónimo, en Vasari, en Lomazzi, etc.; pero casi nada resiste á la crítica. Las publicaciones más recientes se fundan en su mayoría sobre los trabajos de Uzielli, acaso algo inclinado á exagerar.

Leonardo nació el año 1452 ó en Vinci cerca de Empoli, junto á la falda del monte Albano, ó algo más arriba en el valle, en Arquiano, en la única casa que aún queda de ese castillo. Fué fruto de los ilegítimos amores de Pedro de Vinci y de una cierta Catalina que casóse luego con un Accattabriga de la Vacca. Los de Vinci eran una familia de notarios florentinos: de ellos el primero que se conoce es Guido, hijo de Miguel de Vinci, recordado en un documento de 1339. El año del nacimiento de Leonardo, Pedro casóse con Albiera hija de Juan Amadori; pero ni de ella, ni de su segunda esposa, Francisca hija de Juan Sanfedini, que tomó en 1465, tuvo hijos. Fué en esto más afortunado con una tercera esposa, Margarita hija de Jacobo de Guillermo, que tomó en 1465 con 965 florines de dote. A más de una renta de unas 765 liras, Pedro tenía una numerosa parroquia en Florencia, de modo que puede afirmarse que Leonardo creció en el bienestar.

Si Vasari no miente, Leonardo, dióse aún jovencito al estudio de las matemáticas y se halló bien pronto en condición de embrazar á su maestro con preguntas. De todos modos, ó de joven, ó más tarde con Pacioli, debió sin duda estudiar matemáticas, pues de otra suerte no habría podido hacer tantos progresos en la mecánica.

Mientras tanto Amoretti cita una carta en la que Leonardo pide prestado un Arquímedes al obispo de Padua. Un día el padre llevó un cuaderno de su hijo con algunas ilustraciones á pluma al célebre escultor y pintor Verrocchio, quien quedó de ellas tan admirado que quiso tomar y tenerse consigo á Leonardo.

En 1472 ya es anotado Leonardo en el registro de la Compañía de los pintores. En la galería de los Oficios hay en Florencia un cuadro de él con las palabras «Día de Santa María de la Nieve á 5 de Agosto de 1477».

La fiesta de la Virgen de la Nieve celébrase en Suiza cerca de Lucerna, razón por la que Ravaisson creyó de reconocer el Righi en las montañas del fondo.

De Leonardo es el angel en el bautismo de Cristo de Verrocchio que también se encuentra en la galería de los Oficios. Dicen que cuando Verrocchio lo vió tomó la resolución de no tocar nunca jamás el pincel.

Hallábase con Verrocchio Leonardo en 1476, habiendo sido con él procesado por graves imputaciones; pero fueron absueltos «*sub conditionem ut retamburentur*», es decir que fueran *retamborados*.

Consistía la pena de la *retamboración* en colocar en público un tambor para recoger acusaciones anónimas.

Gozaba entonces Leonardo de la amistad de Lorenzo de Médicis y ya desde aquel tiempo tenía discípulos; pero también desde entonces tenía la pésima costumbre de dejar á medias todos los trabajos, si bien á menudo ya hubiesen sido en parte pagados.

Iba en torno con una libreta y un lápiz, tomando nota de todo y copiando las caras más contrahechas.

Un quintero del padre cortó un día una rueda en un tronco y llevósela á su dueño para que hiciese pintar en ella algo por Leonardo. Este tomó y preparó la rueda recogiendo mientras tanto lagartos, escuezos, culebras y otras semejantes asquerosas alimañas, y un buen día compuso de todas ellas y pintó en la rueda un monstruo cuya vista horrorizaba. Pedro admirado la vendió por una buena cantidad, y habiendo comprado un trozo de

madera hízole pintar en él para el quintero un corazón atravesado por una flecha.

De las muchas obras de Leonardo de aquel tiempo sólo quedan, inconclusas, la Medusa y la adoración de los Reyes Magos. Autorretratos de Leonardo existen varios: uno es de esa época y confirma lo que todos sus biógrafos atestiguan de su maravillosa belleza. Ya desde entonces llevaba esa gran barba suya y los cabellos largos. Por otra parte sabemos que era el primer poeta improvisador de sus tiempos, que hablaba con gracia inefable y con una fuerza de persuasión que Vasari llama terrible; que en la natación y en todos los demás ejercicios que reclaman fuerza y destreza nadie lo vencía, y que encorbaba entre sus dedos un clavo sin la menor apariencia de esfuerzo. Además no tenía igual ni en el componer música ni en el tocar la lira, ni en la belleza de la voz, siendo por consiguiente el ídolo de las cortes.

En el 79 hallábase todavía en Florencia. En un dibujo existente ahora en Londres, que representa un ahorcado, dice debajo de unos apuntes de ropa sucia: «Bernardo de Baldino Baroncigli». Baroncelli fué el asesino de Julián de Médicis, que aprehendido en Constantinopla y reconducido á Florencia, fué ahorcado en 29 de Diciembre de 1479. Leonardo todavía en el 81 pintaba un cuadro para el convento de Scopeto. En el 87 fué por vez primera á Milán invitado como tocador de lira, y llevó al Duque de parte de Lorenzo una lira á la que habíale hecho una caja armónica de plata en forma de cráneo. Volvió inmediatamente á Florencia, y en los cuatro años siguientes no se sabe donde se estableció. Richter supone que Leonardo haya ido en esta época al Oriente y héchose allí musulmán. Ha dado origen á esta leyenda una extraña carta dirigida al Devat-Dar ó Diodario, ministro del Sultan de Babilonia (es decir del Cairo), Kait Bai, en la que léense descripciones, cálculos, indicaciones exactísimas de acontecimientos y cataclismos. Muchos ven en esa carta un fragmento de novela que Leonardo tenía intención de escribir.

En el 87 se hallaba en Milán al servicio de Ludovico el Moro. y ocupábase en modelar la gran estatua ecuestre de Francisco Sforza, de la que, quien pudo verla afirma que nunca vióse obra

más maravillosa. Antes de ser fundida en bronce, fué hecha pedazos por los franceses entrados en Milán. ¡Y Leonardo había trabajado en ella diez y seis años!

También hizo un modelo para la cúpula de la Catedral y dirigió las obras de fortificación del castillo y las grandes obras de irrigación que Ludovico hizo ejecutar en Lomelina y Lombardia.

No hay seguridad que haya hecho los retratos del Duque y de la Duquesa: hizo en vez los de Lucrecia Crivelli y de la humanista Cecilia Galleani, favoritas del Duque. El retrato de la Galleani se ha perdido, y en cuanto á la Crivelli hay quien cree reconocerla en la *Belle Ferronière* del Louvre.

Por fin pintó el famoso *Cenáculo*, sin dejar mientras tanto de asombrar á los buenos milaneses con invenciones de espectaculosos mecanismos en ocasión de alguna fiesta.

Dejó en el 99 Milán, cuando el Duque fué hecho prisionero, y le encontramos luego como ingeniero militar de César Borgia, y más tarde en Florencia donde hizo los famosos retratos de la Benci y de la Lisa del Giocondo.

En este último retrato que admírase ahora en el Louvre trabajó durante cuatro años sin terminarlo, habiendo sido más tarde borrado y vuelto á pintar por no sé quien.

Son de este tiempo los modelos de las tres estatuas de bronce de la fachada de San Juan, y también de este tiempo es su Leda. Igualmente entonces, en concurrencia con Miguel Angel dibujó el tan celebrado cartón de la batalla de Anguiari, ahora perdido.

Volvió á Milán, y para Ludovico de Francia dirigió los trabajos del canal de la Martesana y otras obras. Luego le encontramos en Roma en 1514 con Julián de Médicis para la coronación de León X, y por fin en el 16 fué á Francia al servicio de Francisco I, donde murió asistido por sus discípulos el 2 de Mayo de 1519.

Francisco I al recibir la triste noticia lloró.

Leonardo prefería la pintura á todas las artes, pero cultivó, como se ha dicho, con no menor suceso la escultura, y con un sentido especial de la gracia, la arquitectura, sin dejar sin embargo de lado ni la música ni la poesía.

En la pintura son sus méritos la verdad, la armonía de los colores encontrada en deliciosos acuerdos, los contornos que mucren el uno en el otro, y sobre todo la indefinible expresión del rostro. Su afán de hallar la verdad absoluta en la representación fué la primera causa que le impidió de concluir muchas obras. «En las cejas, dice Vasari, del retrato de la Gioconda, quiso representar también el modo de nacer de los pelos en la carne».

¡Qué hombre! Puede quitársele todo aquello por lo que se hizo la fama, quiero decir, todas sus obras maestras, sin que, no obstante, disminuya su grandeza. Porque además, si los contemporáneos veían en Leonardo un gran artista, los modernos ven en él nada menos que el padre de la *ciencia*.

El estado preciso de los conocimientos en la época de Leonardo no se conoce bien, y por esto su grandeza parece sobrehumana. Cuando tengamos todos los necesarios conocimientos, Leonardo seguirá siendo grande, pero hombre al fin. Actualmente es difícil creerlo tal. Los estudios sobre él se multiplican en todas partes de Europa y en su comparación empequeñecen hasta los genios más grandes.

Yo trataré de hacerlo caber aquí como pueda, y como ahora es posible, rehuendo las exageraciones.

Con Leonardo el género humano sale de la niñez y entra en la virilidad: no nace una ciencia nueva; nace la ciencia. Admitiendo que ésta se haga nacer con Galileo, Leonardo entonces representará la concepción.

La cuestión del origen y paternidad del método experimental esté mal planteada. Nadie lo ha inventado, siendo el único camino por el que el hombre llega al conocimiento, y ya lo describe Aristóteles de quien es la afirmación que sólo mediante inducciones llega el hombre á las verdades generales que son luego en la demostración las premisas del silogismo. La novedad es bien otra como justamente dice Jevons: consiste en dirigirse al estudio de la naturaleza. Las dos escuelas Platónica y Aristotélica—distintas por otra parte—hallábanse acordes en despreciar el estudio de la naturaleza: de ambas la más perjudicial fué sin embargo, la de Aristóteles.

Aristóteles, y esta es su contribución á la ciencia, en el estudio del pensamiento partió de un principio verdadero: que la mente se manifiesta en el lenguaje, y en este, pues, estudió las leyes del pensamiento.

Desde semejante punto de vista, decía Lorenzo Valla, contemporáneo de Leonardo, se debería estudiar á Aristóteles.

Su lógica es todavía útil, y vale por lo menos más que tantas otras fabricadas sobre analogías y principios arbitrarios; todo lo restante de su sistema es deducido de su conocimiento vulgar, no examinado ni comprobado, y se halla, pues, como éste, lleno de errores. Aristóteles no duda de la apariencia. El vulgo vé desaparecer el agua de un recipiente y cree que se transforma en aire, y así piensa Aristóteles; vé caer lentamente una pluma y con rapidez una piedra, y piensa que la velocidad de la caída depende de la masa, y es un principio de Aristóteles; vé que el movimiento cesa y piensa que se pierde, de donde la necesidad de una continua renovación, y del motor inmóvil.

Cuando nos parece que tiene la intuición de las ideas modernas caemos en una simple ilusión nacida de la dificultad de trasladarnos á sus tiempos. Por lo demás ha dicho tantas cosas y en modo tan diverso que bien puede ser que alguna vez adivine.

Estudiar el fenómeno, buscar la causa y las condiciones verdaderas de su producción es lo que Aristóteles nunca ha sentido la necesidad de hacer. Lo que no comprendió el gran filósofo es que la naturaleza marcha á su manera y no á la nuestra, y que debemos aprender de ella y no dictarle leyes.

Platón contempla la forma de las cosas y todo para él es número y geometría: Aristóteles quiere explicar el ser de ellas, su esencia, y define palabras.

Si Leonardo hubiese sido literato y filósofo, de poco contaría. Era menester comenzar desde principio y por otro camino, hallarse completamente libre de la influencia de la escuela y por fortuna de Leonardo esta condición verificóse en él.

En el amor del arte es decir de la forma, no es superior á su tiempo; en el buscar la ley de las formas en la constitución de los seres es moderno y padre de nuestra edad. El suponía que la ciencia estuviera sometida al arte y en él encontrara su fin.

Los pelos de las cejas deben nacer según una ley que el artista ha de conocer para no violarla incautamente. De aquí su tendencia á buscar la ley en cada cosa que debía representar; y eso de suponer que por doquier exista la ley es ya un pensamiento de sabio.

Debiendo pintar una rama observa en que orden le están dispuestas en torno las hojas y halla que el orden es el mismo en todas las plantas de una determinada especie.

«Tal es el nacimiento, dice, de las ramificaciones de las plantas sobre sus ramas principales, cual es el del nacimiento de las hojas sobre los ramículos del mismo año de esas hojas, las cuales tienen cuatro modos de proceder, la una más alta de la otra. El primero y más universal es que siempre la sexta de arriba nace sobre la sexta de abajo; y el segundo es que las dos terceras de arriba son siempre las dos terceras de abajo; y el tercer modo es que la tercera de arriba se halla sobre la tercera de abajo».

He aquí inaugurada la botánica, y mencionada la ley de la filotaxis. Pero allí no se detiene: quiere saber el porqué de tal disposición.

«Siempre la hoja dirige su cara hacia el cielo á fin de recibir con toda su superficie el rocío que en cierto modo desciende del aire, y tales hojas se hallan en forma determinada repartidas sobre sus plantas, que la una cubre la otra lo menos que le es posible cruzándose la una sobre la otra como se vé hacer á la yedra que cubre los muros, y ese entrelazamiento sirve para dos cosas, es decir, para dejar que el aire y el sol puedan penetrar entre ellas, y que las gotas que caen de la primera hoja puedan caer sobre la cuarta y la sexta».

Pasa de este modo de la observación del fenómeno á la suposición de la ley y á su interpretación. ¡Y esta ley se atribuye á Brown que la habría descubierto en 1658! Y así como de las hojas, Leonardo también encuentra la razón de la análoga disposición de las ramas.

Es suya la observación de que los círculos concéntricos que se ven cortando transversalmente una rama, indican el número de sus años. «Los círculos—dice—de las ramas de los árboles



aserrados muestran el número de sus años, y cuales fueron más húmedos y cuales más secos, según su mayor ó menor tamaño, y así muestran los aspectos del mundo hacia el que ellos estaban dirigidos, porque más gruesos son á septentrion que al meridiano, y así el centro del árbol por esta causa está más cerca de la corteza meridional que de su corteza septentrional». También esta observación de la excentricidad de la médula fué atribuída á otros, y más de dos siglos después la llevaba en Francia Montesquieu, diciendo haberla adquirido de un campesino romano.

Para pintar los desnudos estudió la disposición de los músculos que relévanse bajo la piel. Eran estudios comunes á todos los pintores; pero él observó que el movimiento nace de hincharse los músculos, que acortándose tiran de las partes á que están unidos. Pensó entonces que representando esas hinchazones exactamente se podía hacer adivinar el movimiento en la pintura. En el Cenáculo, resumen de tales estudios, todas las figuras están en movimiento. Y buscó las proporciones de los miembros, y de las partes de cada miembro entre sí, y cuales músculos del rostro intervienen en la expresión de los varios afectos. Con el objeto de estudiar el rostro, lo dividió en muchos milares de partes.

Para modelar el caballo de la estatua ecuestre de Francisco Sforza estudió la anatomía de los caballos sobre los muchos ejemplares que á su disposición tenía en los establos ducales; luego pasó á la de las serpientes y así fué paulatinamente inaugurando la anatomía comparada de la que había de surgir la confirmación de la hipótesis de Darwin.

El conocimiento de la anatomía y de las leyes de los músculos permitíanle de combinarlos en extrañas formas de animales.

«Buscando—dice Vasari—la manera de abstraer la pintura á la acción del tiempo, su cerebro siempre maquinaba para descubrir nuevos colores y nuevos medios de usarlos, analizando y alambicando hierbas y minerales». En esta dirección hizo no pocos descubrimientos químicos.

Nada le pasaba desapercibido. Notó que la pupila de quien pasa de las tinieblas á la luz es más dilatada, y adivinó la causa,

y descubrió que aun en las más espesas tinieblas siempre hay un poco de luz, y de aquí aquella que Vasari llama su manía de poner lo negro en lo negro haciendo profundo el cuadro, llenando el fondo de objetos que el observador debe descubrir poco a poco. Quiso también seccionar el ojo, encontró que las imágenes se invierten en la retina y queriendo imitar el ojo inventó la *cámara oscura*.

Y nada parecía imposible. La pintura nos da el mundo cual se vé con un ojo solo, y por lo tanto sin la ilusión perfecta del relieve. Leonardo apercibióse de ello y púsose á buscar las leyes de la perspectiva binocular, de que se habla ahora. Suya es también la clasificación de los colores según el poder que tienen de acercar ó alejar los objetos.

Debajo de cada descubrimiento escribía el uso para el que podía servir.

Hizo estudios y compuso un tratado sobre el vuelo de las aves, ó mejor dicho, un tratado fué compuesto con observaciones y estudios hechos por él, porque para escribir un tratado en la forma requerida faltábanle los necesarios estudios literarios. «Dirán—escribe—que por no poseer yo las letras no podría decir bien lo que quiero tratar. Ahora bien éstos no saben que muchas cosas son más para ser tratadas por la experiencia que por otra palabra, siendo la experiencia maestra de quien escribe bien de modo que por maestra en todos los casos la tomaré». El estudio del vuelo de los pájaros había de servirle para fabricar una máquina para volar.

Leonardo era el primero que entraba en el gran campo de la naturaleza, y casi cada observación que hacía era un descubrimiento. Todo entonces sonaba á nuevo, á impensado. Era amigo del gran matemático Pacioli que le hacía también de maestro; y de este modo se explica su gran valor en mecánica, que él llamaba el paraíso de las matemáticas, porque en ella, decía, se recoge el fruto de estas.

En la mecánica Leonardo reanuda el hilo interrumpido de la tradición de la escuela alejandrina, y no sólo se anticipa á Galileo, sino que en no pocos puntos le lleva la delantera, cosa que tiene en verdad algo de prodigioso, siendo necesario suponer que

muchas soluciones ya se conocían y enseñaban, no obstante faltan las obras para poderlo demostrar. Siempre á él quédale exclusivamente el mérito de un gran número de soluciones que no me es posible ahora exponer en este breve ensayo. Son plenamente confirmadas por el estudio de los manuscritos las palabras de Vasari:

«Cada día hacía modelos y dibujos para poder descargar con facilidad montañas y perforarlas á fin de pasar de un plano á otro plano, y mediante palancas, taladros y tornillos mostraba poderse levantar y arrastrar grandes pesos, y encontraba modos de vaciar puertos, y bombas para desecar los pantanos, así que nunca ese cerebro dejaba de fantasticar».

Nótese en tanto esta palabra. En la célebre carta al duque de Milán se ofrece para hacer cosas que apenas parecen posibles. Aquí la enumeración nos llevaría á lo infinito.

Conoció la fuerza del vapor, y quería aplicarla á la artillería, y hasta ideó, dice Uzielli, un barco á vapor. Proporcionando entre sí en número y tamaño los dientes de ruedas que se engranan, enseñó la manera de multiplicar la velocidad. Imaginó combinaciones de ruedas y rondanas; pensó valerse del péndulo para medir el tiempo, y no pocos problemas mecánicos demostró más que con el razonamiento, experimentalmente.

La prueba del experimento nunca falta en él.

De la línea horizontal trazada desde la boca de quien niega, sacó el signo de la cantidad negativa en álgebra; y de la vertical trazada de la nariz de quien afirma, con dos puntitos á ambos lados, que luego se juntaron formando una cruz, el signo de la cantidad positiva.

Débese á él el torno que sirve para incidir los óvalos, invención que por su sencillez y utilidad llenó de maravilla á un sabio extranjero. Nadie conoció mejor el arte de fundir, y en la invención de los cañones rayados fué precursor de Cavalli.

Como ingeniero militar fué el primero y único en sus tiempos, y sabía así el modo de expugnar cualquier plaza como el de hacerla inexpugnable.

Encontró el modo de respirar manteniéndose bajo el agua, é imaginó un submarino.

Para el *Paraiso* de Bellincioni, que puede considerarse con el *Orfeo* de Poliziano el primer drama musical, no se sabe con certeza si él escribió la música, pero de él fué sin embargo un mecanismo mediante el cual se veían todos los planetas hacer sus revoluciones.

Dice el Anónimo: «Estudió con amor los simples y fué habilitísimo en *tirari* (ó sea palancas y mecanismos para arrastrar), y en edificios de aguas y otros caprichos». Y Vasari: «y tantos fueron sus caprichos que filosofando sobre las cosas naturales comenzó á comprender las propiedades de las hierbas, observando continuamente el movimiento del cielo, el cuerpo de la luna y la marcha del sol». Estos sublimes caprichos despertaban en quien curiosidad, en quien sospechas, en todos opinión desfavorable. «Por lo que, sigue Vasari, formóse en el alma un concepto tan erético que no se acercaba á ninguna religión estimando en más ser filósofo que cristiano». Un siglo después lo habrían ciertamente condenado á la hoguera.

Los *simples* con los que, según el Anónimo, se deleitaba, eran los cuerpos simples ó Platónicos es decir los cinco sólidos cerrados por caras planas regulares: pirámide, octaedro, cubo, icosaedro y dodecaedro. Considerábanse estos cuerpos entonces con maravilla, y la parte de la geometría que los estudiaba llamábase *La divina proporción*. El cubo representaba la tierra, la pirámide el fuego, el octaedro el aire, el icosaedro el agua, el dodecaedro el cielo, y con este sentido pasaron como adornos en la arquitectura. Leonardo los dibujó para el tratado de Pacioli.

Ese sentimiento de estupor que despertaban era profético porque de ellos sacó Kepler sus famosas leyes. Imagínese los, en efecto, el uno dentro del otro con un centro común y libres de girar sin tocarse, y las esferas que los encierren tendrán un radio más ó menos correspondiente á la distancia respectiva del sol de los cinco planetas mayores.

Leonardo es también uno de los padres de la hidráulica. Esta ciencia en sus condiciones actuales estudia el movimiento del agua suponiendo que corra según rectas paralelas; Leonardo demuestra que el movimiento es vortiginoso, y un sabio alemán dice

que la hidráulica debe ser vuelta á tomar desde principio, allí donde la ha dejado Leonardo.

En cuanto á la tierra, admitía la rotación diurna, opinión común á muchos en aquel tiempo, y buscó su explicación en la caída de un peso desde una torre, experimento que por distintas vías fué intentado después, pero siempre sin suceso. La rotación diurna es afirmada en muchos pasajes de sus escritos, siendo su sistema el que llaman *semicopernicano*: de la hipótesis de Copérnico quedó muy lejos. Sostuvo antes que nadie el cambio de sitio del centro de la tierra, y antes que nadie, por más que se diga, explicó cómo permanecen suspendidos los planetas, atribuyéndoles un centro de gravedad como el de la tierra y abandonándolos en el vacío, rehusándose él, de creer en la existencia de los cielos ó esferas concéntricas transparentes que llenaran el vacío y en los que estuvieran engarzados los planetas, opinión común en sus tiempos. Si no fué un precursor de Copérnico por lo menos le barrió y vació el cielo.

El decía que la luna es de la misma substancia de la tierra, y que ésta vérfase desde aquella como una gran luna. Opiniones actualmente comunes, pero que maravillaban sobremanera en aquellos tiempos, no faltando quienes levantábanse á contradecirle, mas él contestaba: «Muchos me censuran alegando que mis pruebas están en contra de la autoridad de algunos hombres muy reverenciados por sus inexpertos juicios, no considerando que han nacido mis cosas de la simple experiencia, que es la verdadera maestra». Y en otro lugar: «La experiencia nunca yerra, pero sólo yerran, oh filósofos, vuestros juicios».

El desprecio que afectan hoy día muchos por la metafísica él lo tenía por los filósofos «hinchados, afirma, de lo que dicen los demás; histriones y trompeteros». Por lo tanto tampoco fáltale á nuestro héroe esta nota moderna.

Dejó observaciones sobre la fuerza molecular, sobre el centro de gravedad, sobre el nivel de las aguas de los mares, y mil otras.

Nosotros levantamos como gloria de nuestra edad la ciencia geológica; pero, dice Hallam llena de veras el alma de estupor el ver como en pocas páginas Leonardo de Vinci anticipara to-

dos los modernos descubrimientos geológicos, no refiriéndose á ellos lejanamente, sinó describiéndolos con palabras apropiadas y clarísimas y que no dejan duda alguna.

El abate Zanella no sospechaba ciertamente que también el concepto de su *concha fósil* debiera encontrarse en Leonardo. «¡Oh tiempo—dice—veloz robador de las creadas cosas, cuántos reyes, cuántos pueblos tú has deshecho, y cuántas mudanzas de estados y de cosas han acaecido después que la maravillosa forma de este pescado, murió en las cavernosas y retorcidas entrañas del monte!»

A descubrir la geología lo condujeron algunos peces y conchas petrificados encontrados sobre montañas alejadas del mar. La tierra, según Leonardo, poco á poco tomará la forma de una esfera perfecta, desapareciendo los montes, roídos por la acción de las aguas, que cubrirán entonces toda su superficie.

A propósito del centro de la tierra que cambia de posición, es digno de notarse cómo por el primero Leonardo ha comprendido la acción de las mareas, el retardo producido por las cuales en el movimiento rotatorio de la tierra fué calculado por el hijo de Darwin.

No se sabe con precisión qué instrumentos musicales inventara. La música lo llevó á estudiar la naturaleza del sonido y á descubrirla. «Así como la piedra arrojada en el agua hácese centro de varios círculos, el sonido producido en el aire circularmente se derrama».

Midió la velocidad del sonido calculando las diversas distancias á que se produce el eco, viendo como la luz y el sonido disminuyen casi en la misma razón á distancia (1) arguyó su analogía, y que fuera la luz algo como un movimiento vibratorio. Formuló la ley de la *reflexión* del sonido, y por ciertos dibujos que se ven en sus obras parece que intentara también contar sus vibraciones.

El sonido condújole á la intuición de la ley de la conservación de la energía.

---

(1) Disminuyen en la misma proporción, pero á Leonardo parecele más rápida la disminución del sonido.

Se ha notado que debía tener una exquisitez de sentidos maravillosa, no igualada sino por la paciencia en experimentar, de lo que quedan como prueba los mil modos con que haciendo caer los cuerpos de siempre diversa forma de distintas alturas, refutó la opinión de Aristóteles, demostrando que todos los cuerpos sin obstáculos de por medio, caerían con igual velocidad. E igualmente suya es la ley que un cuerpo desde idéntica altura cae siempre en el mismo tiempo, (el se servía para medir el tiempo de la batuta musical) sea cualquiera la línea que recorra en el aire.

Agregaré que seguía con interés todos los descubrimientos geográficos, de modo que formóse un concepto bastante aproximado al verdadero de la forma de la tierra, de la distribución de las aguas y de los mares, y dibujó el primer mapa de América, que se encuentra ahora en el museo de Londres, con el estrecho de Magallanes, aun no descubierto en aquel entonces.

En tiempos de Leonardo he aquí como se clasificaban las ciencias:

«Dicen es mecánico aquel conocimiento más bien engendrado por la experiencia, científico el que nace y acaba en la mente y semimecánico el que nace de la ciencia y termina en la operación manual».

En alto las ciencias así dichas: teología, metafísica, etc., cuyos objetos no caen bajo los sentidos ni bajo la experiencia: en bajo los conocimientos cuyo objeto es sensible, dichos mecánicos casi por desprecio: en el medio las matemáticas que se desarrollan en el puro discurso mental, pero que encuentran luego su confirmación en la práctica. Esta valuación conservóse en Alemania hasta mitades del siglo XIX y aun no se halla abolida.

Leonardo invirtió las cosas. «Me parece—dice—que son vanas y llenas de errores aquellas ciencias no nacidas de la experiencia, madre de toda certidumbre, y que no terminan en un conocido experimento. Y si nosotros dudamos de la certidumbre de cada cosa que pasa por los sentidos, ¿cuán mayormente no debemos dudar de las cosas rebeldes á esos sentidos, como de la existencia de Dios y del alma y de cosas semejantes, por las cuales siempre disputase y discútese?» En suma, las matemáticas

y las disciplinas que tienen un objeto sensible sobre el que pueda experimentarse son ciencias y las otras no. Y así es sin duda. Para distinguir la ciencia de lo que no lo es, indica este principio: «La Verdad tiene un término solo, publicado el cual cesa toda discusión». Luego, hasta que hay disputa no hay ciencia.

«Son ciencias que alimentan la mente de confusión que nunca cesa, de sofisticas contradicciones, y de las que sólo se aprende á gritar eternamente».

El hombre en el análisis se pierde sin la síntesis; en el análisis extiende las raíces en busca de jugos, en la síntesis los organiza. Pero si la filosofía no quiere ser una pesada tontería ha de fundarse sobre el saber y no sobre quimeras.

El saber lo produce la experiencia que verifica el fenómeno y sustituye el conocimiento irreflexivo por el verdadero.

Las ciencias, estas nuevas musas, que no el Olimpo ni la Tracia sino la Toscana ha dado al mundo, son pues obreras que trabajan por la filosofía: esta sin embargo si no quiere ser vana, debe fundarse únicamente sobre los datos así ofrecidos por las ciencias. La verdadera filosofía no tendrá necesidad por otra parte de un medium que la evoque: mostraráse de por sí cuando el trabajo científico haya llegado á una suficiente madurez. Y sólo será verdadera filosofía aquella que nazca del conjunto de todas las ciencias.

He aquí porqué en Italia, afortunadamente, después de la aparición de Leonardo y Galileo no se pensó más en sistemas.

¿No se vé el hábito filosófico en Leonardo? Apenas ha averiguado el fenómeno ¿no busca las intenciones en la naturaleza? Y el ojo del gran Galileo, que parece todo ocupado en los detalles que examina, ¿no está siempre en vez dirigido á algún problema de orden general, para ver si del nuevo hecho, de la nueva ley, recibe luz? ¿Pero á qué resultado puede llegarse si se parte de datos falsos ó no controlados?

El sistema verdadero vendrá solo poco á poco: estos filósofos posteriores á Galileo llenos de desprecio por la experiencia no son sino globos hinchados. ¡Qué ridiculez en efecto, queriendo comprender el mundo, de jugar á adivinarlo en vez de estudiarlo con paciencia! Son regresiones perjudiciales por los retardos



que crean á la ciencia, turbando sus serenos horizontes con emanaciones de humeantes principios. Véase cuanto ha obstaculizado los progresos de la óptica la idea del divino Platón que la luz sale de los ojos y va al sol! El mismo Galileo que por antipatía contra Aristóteles inclinábase hacia Platón, aceptando sin sospecha aquella extravagancia, no ha logrado nunca explicar el telescopio que había encontrado, así como Colón infatuado con Marco Polo y las fantásticas teorías de Aristóteles, murió sin comprender la importancia de su descubrimiento.

Spencer tiene el gran mérito de haber proclamado este principio, que la filosofía debe resultar del conjunto de todos los conocimientos adquiridos por las varias ciencias; y tiene la gran desventaja de haber luego tomado como ciencia las extravagancias de Laplace y de Kant sobre la nebulosa y de no haber sabido emanciparse de ciertos sistemas. En fin, el objeto de la filosofía debe ser no el de crear el mundo, que ya está hecho, sino el de comprenderlo. Esta es la opinión actualmente general, y también la conciencia moderna sobre este punto deriva del gran Leonardo, el primero y gran sabio moderno.

FRANCISCO CAPELLO.

---

## EL VIEJO TUCUMÁN

(FRAGMENTOS)

.....  
Allá están, en tus cerros orgullosos  
Que escalan de las nubes pasajeras  
El negro seno donde duerme el rayo,  
Los perdidos sepulcros cuyas piedras  
Encierran mil historias, mil ternuras  
De aquella raza que pobló la tierra  
En tiempos que se pierden con lo eterno.  
Allá, en la dulce y plácida ribera  
Del turbio río que hacia el mar va huyendo  
Arrastrando de sauces hojas muertas  
Que unas trás otras derribó el Otoño,  
Se alza el frío *menhir* cual centinela  
Que vela el sueño del tranquilo valle;  
Sobre él la mano del *tafi* bien diestra  
Trazó los caracteres de algún dogma  
Que en vano, en vano, enseñará la ciencia.  
Son símbolos de viejas religiones  
Y son la sangre de perdidas creencias  
Bebidas por la sed de lentos siglos.  
Más allá, sobre ríspidas laderas  
De colinas que dieron algún día  
Pasto al *huanaco* de veloz carrera  
Y sosiego á las *llamas* incansables,

Flota aún por los aires, de la *quena*  
El lúgubre gemido que al viajero  
De herirle el frágil corazón no cesa;  
Vuelan sus notas sin jamás perderse  
Como el susurro en la feliz floresta,  
Como el rumor en la cascada oculta.  
Su voz es la elegía siempre fresca  
Que lleva una caricia misteriosa  
Al lecho helado de la india tierna,  
Luchadora con fe, junto al amante  
Caído en el fragor de la pelea.  
¡Mujer indígena, mujer salvaje,  
Tan fuerte como el hombre de esta tierra,  
Guardan tu nombre estas montañas cándidas  
Y en apartada y solitaria huesa  
Se eternizan los besos de tu vida!  
Más allá, sobre rocas entreabiertas,  
Por soles estivales calcinadas  
Y azotadas por ráfagas ligeras,  
Alza el *cardón* sus espinosos brazos  
Delatando un tesoro dónde aferra  
Su torcida raíz. Allí las auras  
Prolongan sus silbidos de tristezas,  
Sus silbidos de víboras sagradas,  
No ya para engañar al *lule* alerta  
O al feroz *acalián* de los presidios  
O al *amaicha* celoso de las selvas  
O al desgraciado y valeroso *quilme*;  
Su voz es el acento de protesta  
Que lanzó el pecho al sublevarse un día  
Cuando la espada de Castilla, fiera,  
Sangró su espalda y mostró el camino  
Del cautiverio, en ignoradas tierras.  
La nostalgia profunda, el clima ingrato,  
El rumor de las ondas, la ribera  
Dilatada de ríos nunca vistos,  
De altivas tribus la feroz presencia

Concluyeron con ellos; desde entonces  
Allá el Plata tranquilo se lamenta  
Y aquí fúnebres *cardones* lloran.  
Ellos saben las fábulas secretas  
De horrendas luchas que sembraron muerte,  
Y ellos saben el número de flechas  
Que el indio preparó con sus espinas.  
Testigos son de bárbaras, sangrientas,  
Interminables y salvajes luchas  
Como el dulce Rimac, en la leyenda,  
Testigo fuera del furor de Huascar,  
O de los Chacos la palmera esbelta  
Testigo fuera de la errante vida.  
¡Sabeis *cardones*, rudos centinelas,  
Que en los dominios del *cacique* Tucma  
Nunca embajadas ni arriesgada empresa  
Llevaron Yupanquí ó Huiracocha,  
Héroes temibles de la estirpe *quechua*,  
Que nunca el estandarte de los *incas*  
Flameó en las *pircas* de redondas piedras,  
Que nunca, nunca, el *pucará* sagrado  
Destruído fué por la peruana fuerza  
Y jamás adorese al sol *incásico*  
Del viejo tucumano en la vivienda!  
Más allá seculares *algarrobos*  
Con *churquis* y *chañares*, que entremezclan  
Sus agrietadas ramas y sus frutos,  
Recuerdos traen de pasadas épocas,  
Cuando el indio sus flechas aguzaba  
Con besos de su amante compañera,  
O el encuentro á la luz de los crepúsculos,  
O los trabajos de la alegre fiesta  
Entre risas y gritos de alegría  
Después de larga y ventajosa guerra.  
Bajo su sombra las deformes rocas  
De *conanas* tuvieron formas bellas;  
Allí se extrajo el néctar codiciado,

Con grande esfuerzo y sin igual paciencia,  
De rubia *chicha* y de sabrosa *aloja*;  
Allí la danza y la canción frenética  
En salvaje consorcio dominaron  
Y allí mil veces la brutal ofensa,  
No sofocada en el ardiente pecho,  
Halló su paga en la venganza horrenda,  
Y de sangre manchose el viejo tronco  
Del sagrado algarrobo de esta tierra.

SALVADOR DEBENEDETTI.

---

## RECUERDOS DEL PIO LATINO (\*)

---

Como lo he dicho repetidas veces en mis memorias de la fundación del Colegio Nacional, fuera de las explosiones ligeras de la fibra juvenil contenida, el orden era admirable y sólo podrá encontrarse algo parecido en los Colegios de los Jesuitas. Y digo algo parecido, porque en los colegios de los padres de la Compañía, la fuente del orden tiene otro origen, muy diverso. Allí es el resultado de la obediencia ciega, imperiosa, despótica; es el fruto de la destrucción de la voluntad, del propio albedrío, quebrado por la dura consigna: *tamquam cadaver*. La severidad militar todo lo reglamenta hasta en sus menores detalles, pero algo más fuerte que la ordenanza militar encadena y encauza el pensamiento en un círculo infranqueable. Este algo es el falseamiento del espíritu religioso, convertido en temor dantesco y llevado hasta el horror por el socavamiento subterráneo de la confesión. Esta magia, esta táctica, esta estrategia de los jesuitas, tendiente a dominar el alma, para lanzarla como un agente pasivo, en las llamas de la lucha y del martirio, la he palpado en el colegio *Pío Latino Americano*, fundado en Roma por el noble sacerdote chileno doctor Eizaguirre, bajo el pontificado de Pío IX. Allí fuimos como desprendidos del colegio del doctor Agüero, el que estos recuerdos evoca, el hoy doctor y ex ministro Juan José Romero, el hoy vicario castrense monseñor Milciades Echagüe, Pedro Machado, Miguel Migoya, Torcuato Gonzalez y el hoy

---

(\*) Esta página que publicamos del Dr. Federico Tobal sobre el colegio Pío Latino de Roma, constituye un epílogo a los «Recuerdos del Colegio Nacional», que con motivo del 8.º aniversario de su fallecimiento, comenzó a publicar en Diciembre del año pasado el «Día».—N. de la D.

monseñor Boneo, agregados de afuera estos tres últimos. A los pocos días de llegar, se nos preparó, como desinfectante y estimulante moral, una plática *ad hoc* pronunciada en la Capilla del Colegio, pronunciada por un jesuita español, es decir la quinta esencia del jesuitismo, porque el jesuita para que sea legítimo debe ser de España, como el habano de la Habana. Este jesuita, provincial de España, era hombre que debería tener cincuenta y cinco años, aunque aparentaba tener setenta, tales eran los estragos que habían labrado en su rostro los volcanes de su alma, es decir no las maceraciones, no las penitencias, hijas de un misticismo arrebatado, sino la lucha ardiente de bravas pasiones, dominadas con heróico denuedo.

Reunidos todos en la Capilla, empezó su prédica con acento airado, llamándonos desde luego la atención su fisonomía grotesca y antipática, que la palabra transfiguraba no para embellecerla, como acontecía á Mirabeau, sino para tornarla diabólica. Sus cejas pobladísimas se endurecían como puntas; sus ojos hundidos brillaban con fuego siniestro, como los ojos del buho; su boca caída y colgante de unas mandíbulas asnales, se abría como caverna en cuyo fondo aparecían, á guisa de ruinas, pedazos de dientes negros, y sus manos descarnadas y secas se crispaban como garfios, cual si quisieran agarrar y triturar algo entre ellas. Estas contorsiones eran hijas de la inspiración que espoleaba á la sibila sobre el trípode. Pero la fuente de esta inspiración era el Averno, de donde corría una elocuencia sombría, en cuadros miltonianos y dantescos, como las alas de Cetún hiriente sobre los lomos de Satán. El jesuita se detenía en su jadeante carrera para contemplar los efectos de su plática pirotécnica sobre la fisonomía de los recién venidos. Pero su sorpresa tornábase extrema al contemplar la completa placidez de todas las caras, pues hasta el dulce Migoya, cuya alma angélica parecía amasada en los principios del Kempis, dejaba asomar tímidamente en los pliegues de su boca cierta sonrisa de bondad. El orador sorprendido pero no desanimado ni vencido, reanudó con brío su afanosa tarea, redoblando la expresión de su palabra y de su mímica. Aquello era un torrente que resonaba con el estruendo de la catarata del Niágara ó del salto de la Guaira. Pa-

recía que el ambiente chisporroteaba y el orador, como el Arcángel, blandía con furor la lanza de su oratoria, llegando al paroxismo de la exaltación en las alas de fuego de su imaginación fosforescente. En esta cúspide del más alto realismo, que envidiaría el mismo Zola, mis compañeros habían quedado estupefactos, considerando tal vez como alienado al orador, pero yo y el travieso Milciades Echagüe, no pudimos contener el acceso de risa que nos acometió y salimos precipitadamente afuera, para descargar la catarata de carcajada que nos abrumaba. Este incidente apercibido por los superiores, tuvo en mí sus consecuencias transcendentales; pues con él concurrían otros hechos que hicieron estallar la tormenta ya bastante cargada de electricidad.

Yo les decía á mis compañeros, todos fumadores menos Juan José Romero, que por eso al ser ministro de hacienda ha legislado un impuesto al tabaco: «Miren muchachos, si nosotros no oamos el tirón, estos jesuitas no nos van á dejar fumar, así que yo después de la comida, cuando nos reunamos como de costumbre, sacaré muy suelto de cuerpo un cigarro, lo prenderé y lo convidaré con otro al Rector y todos ustedes hacen lo mismo estableciendo en consecuencia la costumbre por derecho de conquista». Lo dicho así fué hecho y el Rector, jesuita español, con formas de mujer embarazada, se limitó á decirme con especial dulzura:—Yo no fumo.—Desde entonces todos fumábamos en las horas de recreo y yo hasta en la noche, cuando me acostaba, lo que daba margen á que el jesuita celador viniese á cada rato á decirme: «Apague la luz», aun cuando la luz no estaba encendida. Nosotros estábamos habituados á fumar cigarrillos de tabaco negro, pero allí en Roma no los había. Así es que fumábamos cigarrillos de hoja, los que se vendían á un bayoco cada uno, los que comprábamos por paquetes que tenían las armas del Papa, en señal de monopolio.

Estos y otros hechos concurrentes que callo, dieron por resultado el que los jesuitas se pusieran en campaña para catequizarme y enregimentarme. El intermediario de que se valieron era el doctor Eizaguirre, quien todos los días me hacía llamar á su departamento para que lo acompañase á tomar el café.

Primero empezó á hablarme de materias generales, después



descendió á la literatura, á la América y á la Política, haciendo gratos recuerdos del entonces coronel Mitre y otras figuras espectables de nuestro país. Luego continuó hablándome de las esperanzas que la América cifraba en sus educandos de Roma y en el precioso contingente que llevaríamos á su clero, así como también me habló de que él había resuelto dar á los jóvenes que se distinguiesen los medios suficientes para que viajasen por toda la Europa, así que terminasen sus estudios de clérigos. A esta última parte que comprendí que iba á fondo, le contesté diciendo: que mi anhelo era viajar y que desde luego procuraría hacerme merecedor del premio. «En su mano está, me dijo, estudiando y sobre todo distinguiéndose en la educación del sacerdocio, porque entiendo, añadió, que usted tiene bastante vocación». Conociendo que la estocada era á fondo y que habíamos llegado al quid. Así que le respondí con intención: «No se si tendré vocación». Cómo, me interrogó ¿que usted no piensa ser clérigo? Señor, le contesté con sorna—yo no puedo adivinar el porvenir.—Pero es que los que estudian en este colegio deben estar resueltos á ser clérigos.—Sí señor, pero con sujeción al texto *multi sunt vocati; pauci vero electi*, y yo no sé si al fin contaré con las fuerzas gigantes necesarias para el divino ministerio.— ¡Ah, me dijo el doctor Eizaguirre, con una dulce sonrisa y golpeándome suavemente el carrillo con la palma de la mano: *Eres muy vivo*. La batalla estaba dada y perdida, la había perdido porque debía perderla, pero me cabía el honor de la retirada de Jenofonte. Desde entonces mi portante quedó solo aplazado, porque solo era cuestión de tiempo. Los jesuitas me rodeaban, me vigilaban y me cuestionaban, porque no querían dejar la presa, que les parecía sabrosa.

Yo cuerpaba como podía, pero al fin vino á estallar la crisis en mi contra, precisamente por obra y hecho del que me protegía, me amparaba y me amaba.

Un sacerdote, del que yo no puedo prescindir en este relato y cuyo recuerdo debo evocar con respeto y amor, fué el que decidió el que yo no fuera clérigo, ni papa, como yo le decía que quería ser. Se trataba de nuestra confesión, y él me dijo: «no te confieses con un jesuita, confiéstate con un franciscano». En conse-

cuencia pedí que se hiciera venir á un franciscano de Aracaeli, alegando que era nuestra costumbre de América. Aquí fué Troya, pues ya la medida estaba colmada á mi respecto. En mi afán ingénuo de conversar y de sacar á relucir mis lecturas, yo le había dicho al Padre Rector que había leído la historia de los jesuitas escrita por Cretinau-Poly. Esta aserción lo sorprendió diciendo: «eso no vale nada, tenemos otros historiadores superiores», y pensando para sus adentros—este jovencito sabe mucho de nosotros. Así que esta intromisión en sus cosas y el no querer confesarme con ellos, fué el remate, en cuya virtud me notificaron que yo no podía continuar en el colegio. ¿Que hubieran pensando si yo les hubiera dicho: *Jesuita nolite rapere Jesum—Si cum Jesuitis, nolite fieri sicut Jesuita* y otras lindezas que yo había aprendido de los Franciscanos y Domínicos?

En consecuencia yo tuve que volverme á mis lares patrios, siempre bien amados, sin haber podido saber hasta la fecha, porqué raro equilibrio, algunos que estaban en mis condiciones se conservaron cierto tiempo aunque á la postre tuvieron también que saltar.

Fray Pedro Durand, me animó diciéndome: «No te importe; en Buenos Aires hay también Universidad, donde podrás continuar tus estudios y lo que es visitar la Europa y algo más también lo tendrás porque yo he sido nombrado Comisario General de Tierra Santa en la República, donde estableceré tantos subcomisariatos como provincias y te nombraré á tí Secretario General. De este modo irás á Jerusalem en delegación cada dos años y así podrás visitar la Europa y parte del Oriente».

Debo declarar en honor á la verdad y para que no se crea lo contrario, que Fray Pedro no era enemigo de los Jesuitas, cuyo mérito reconocía en alto grado, y de los que no podía ser enemigo en manera alguna, pues pertenecían á una orden copartícipe de las otras en la noble y heroica propaganda del evangelio. Su oposición provenía de celo, de emulación, de aquellas elevadas rivalidades que agigantan á los atletas en las campañas generosas y humanitarias. El era franciscano y trabajaba desde luego para su convento. Por otra parte la orden Seráfica, con el P. Fray Juan Férrez de Marchena, adquirió un derecho legítimo é incon-

trastable en América de primogenitura, derecho que ejercieron los franciscanos, sellándolo con su martirio y con su sangre. Ellos fueron los primeros que atravesaron el *mare tenebrum*, los primeros que bendijeron la América, los primeros que se internaron en sus bosques y en sus pampas, acompañando á Cortés, á Pizarro y á cien otros ilustres conquistadores. Tenían fundamento, pues, para mirar á la América, como á su viña propia y á considerar preferente su derecho á segar las mieses que ellos habían sembrado los primeros.

De aquí arranca el celo del fraile que en su humildad no quería ser guardian en Buenos Aires del Convento de San Francisco, pero que por amor á su orden y en homenaje á sus derechos tenía la audacia en Roma, de poner piedras á los poderosos jesuitas, piedras que se hubieran convertido en muro, si más hubiera vivido pues no estaba solo, por cuanto con su talento se había conquistado al doctor Eizaguirre, á Pio IX y al General de la orden, siendo muy querido y apreciado por estos.

Tuve pues que resignarme, y atravesar nuevamente el océano, para venir á continuar y concluir mis estudios en la Universidad de mi país, convencido de que no hay calor superior al de su propia madre.

Perdí dos años en mi carrera, pero gané en saber y en experiencia, lo que no me habían dado los anteriores años de estudios. Acompañé en mi retorno á Paris, Burdeos, Havre y Southampton á mi buen amigo el nobilísimo Fray Pedro Durand. En esta última ciudad que hospedaba en sus cercanías al tirano Rosas, nos embarcamos para Rio Janeiro en un paquete que por su gran calado no iba al Rio de la Plata.

Allí recorrimos la ciudad, que bastante me desencantó y visitamos algunos conventos, partiendo después en un vapor inglés para Buenos Aires. Así que estuvimos á bordo Fray Pedro se sintió enfermo.

Había sido herido de fiebre amarilla, sin que yo lo supiese ni lo llegase á conocer el médico de á bordo. Como se encontraba mal lo hice meter en cama y llamé al médico diciéndole: «Asista usted con esmero á este señor, que será usted recompensado.» Como la enfermedad arreciaba, yo me lo pasé en la salita contigua,

velándolo las cinco ó seis noches del viaje. Llegados á balizas exteriores y fondeados allí, á causa de haber izado bandera negra subí al enfermo sobre cubierta, ayudado de un criado, lo senté en una silla de brazos que había comprado para él en Rio, lo arropé y bajé al comedor, volviendo con una copa de vino y una presa de gallina que casi no probó. Como las brisas marinas soplaban frescas, lo bajé á su camarote y lo acosté quedándome á la expectativa.

Al poco rato me llamó y con voz desfalleciente me dijo: «cuando veas que me voy á morir, me das mi crucifijo». Yo que no pensaba tal desenlace, traté de animarlo; pero él nada me contestó, sumergido en interiores soliloquios. Quedéme pensativo en mi silla, pero sacóme de mi abstracción el eco de un suave murmullo. Me incorporé, fuí á su lecho, y lo ví con sus manos plegadas rezando con una expresión mortal de despedida. Instintivamente puse en sus manos el crucifijo, lo tomó, lo besó y se estiró en la última agonía. Quedéme emocionado y después de un breve rato, tomé un cigarro y me fuí á cubierta á llorar como un niño. Agotadas mis lágrimas y retemplado por la experiencia que tempranamente tenía del dolor, bajé para vestirlo y disponer lo que debiera hacerse. Pero no lo encontré en su lecho, y, apercibiéndolo en la cámara, entre unos marineros protestantes, que trataban de envolverlo en una vela, salté de un brinco y me precipité, tomándolo á uno de esos ingleses por el cuello, y apostrofándolos duramente. El capitán se interpuso y cortesmente me hizo ver que la medida era necesaria, que era la ordenanza izar el cadáver en un bote, para evitar el contagio. Con esta explicación me conformé y me apacigué, escribiendo en el acto á los señores Llavallol, para que me remitieran un buen cajón fúnebre. Recibido éste conduje el cadáver en una lancha, adornada con banderas argentinas, para sepultarlo en la ensenada de Barragán. Después de practicada la autopsia por el doctor Biedma, hice cavar en la costa por unos gauchos una fosa, y allí lo enterré dejando algunas señales en la tumba para poder practicar la inhumación. Levantada la cuarentena, me trasladé á Buenos Aires, y entregué todos los baules de Fray Pedro, al entonces guardian

de San Francisco Fray Aldazor al que saludé primero, como obispo de San Juan, porque le traía la bula de su nombramiento.

Pasado un año fui á traer al fraile amado y respetado, en un pailebot, por comisión de sus discípulos. Tuve una peligrosa travesía, porque era Santa Rosa (Agosto de 1860) y hube de necesitar nuevamente de mi energía, porque los marineros querían echar el fraile al agua por considerarlo causa de la tormenta.

Llegados los restos al puerto, los desembarcamos con toda pompa y los acompañamos hasta San Francisco, en dos columnas de amigos y de discípulos, previa la oración fúnebre que yo pronuncié, en la punta del antiguo muelle, siendo este mi primer discursus fúnebre, que fué publicado en la «Reforma» de aquella época.

FEDERICO TOBAL.

---

## TARDE

---

«Julio 4. En respuesta á mi silencio, recibo una esquila con tu pregunta: «¿Es temor ó es olvido?» En verdad, huirte, huirte!

¿Temor? quizás, por tí; no cándido, sino de ser desleal. ¿Recuerdas cuando te escribía: «más engañan los amantes que los amigos?...» Y bien, me ha obligado á pensar en mis inconstancias tu penúltima en su precavido reproche: «no herirás, no lastimarás mi alma...» Te equivocas. Si nos hubiéramos conocido en mi inocencia, el amor, al unirnos, habríame encarrilado en un normal; pero ahora, estoy envilecido....

Irma, un varón solo teme ir hacia el lecho de sus hermanas.

Nos hemos desencontrado muchísimas lunas, y hoy ya no sé amar... te sacrificaría. No busques un supuesto exquisito: anhela un buen impulsivo, devoto en su pasión. Nuestro idilio cerebral es perturbador; se opone á la llana finalidad del sexto sentido y este se vengaría, haciendo del afecto de la alcoba una mixtura de contemplacionismos de claustro y fobias de manicomio.

He sufrido el amor y no quiero reincidir; experimento cansancio. Tus glorias no debe gustarlas mi desafinado cuerpo de joven viejo. ¿Acaso me notas otro desde nuestra conversación? estoy en la misma hora, aciaga, á prolongarse hasta mi día.... ¿ves? tengo tonteras fúnebres.

Déjame, secreta y dulce rara, y atrae al viril con brios para refugiarse en tu hechizo: repudio el eterno goce, las femeninas bondades y no me place abrir mi diccionario cariñoso. Deseo envenenarme con mi amargura, como un suicida prefiriendo al placer excitante de la luz la gravedad de la sombra.

Tu hallarás séquito de tu alma sedienta y de tus tentaciones de fruta en sazón. Mi recuerdo te será el de algún loco entrevistado y casi oído. En cambio, jamás mejor amada: has hecho desfilar teas en procesión ante mi escepticismo, en procesión de chispas frente á mis ojos ¡lástima de mis ojos cegados!

Y cuando caiga, vuelca flores en la lápida de tu humano hermano, y si enloquezco antes, vé con tus gracias á mi reja de encalecado, y, mejoraré, hasta cuando de nuevo, ruede.

Perdóname, novia mía...»

. . .

El pobre borracho silenció. Los cristales del desierto bar aún creían estar en los puntos suspensivos de la imaginativa carta y, en los estantes, los vasos tintinearón un concierto de caireles alegres. El borracho urgueteó con afán en sus bolsillos el precio de otra poción de alcohol y hallólos vacíos... Sentía un grande deseo de continuar la carta.... Los mozos desmodorráronse y, como aclaraba, fueron empujando al cliente por la espalda, hasta darlo en la calle.

MARCELO DEL MAZO.

---

## LIRIOS

---

Para las rubias cabezas ;  
para las boquitas rojas  
que son como rojas fresas  
entre las guedejas blondas ;

para los ángeles buenos,  
los de las áureas melenas,  
los de los niveos ensueños  
como blancor de azucenas ;

para los albos capullos  
cuasi entreabiertos al alba,  
entre los vagos murmullos  
de las despertadas alas ;

para los tiernos pichones  
que se embriagan de aromas,  
entre los arrullos tristes  
de las maternas palomas ;

para las alitas blancas  
las de los vuelos rosados,  
en las selvas perfumadas  
y en los floridos collados ;



para las albas libélulas  
que tiemblan en los azahares,  
con las níveas alas trémulas  
bajo los rayos solares ;

para las aves que sueñan  
con el candor de otras flores,  
en las armoniosas selvas  
de los primeros amores ;

para las rubias cabezas,  
para las boquitas rojas....  
los lirios de mis tristezas  
florezcan en mis auroras,

con la fragancia suave,  
con el encanto perdido  
de una flor muerta en la tarde,  
de un zorzal muerto en el nido.

Caigan lirios...! Y que sea,  
ave y flor al par mi Musa,  
que olvida su Primavera  
y el blanco Idilio rehusa,

por ser águila que el ala  
allá, en los torrentes moja ;  
--por ser la loca que pasa  
con su banderola roja...!

JUAN JULIAN LASTRA.

---

## MENUDENCIAS FILOLÓGICAS

---

Mi artículo sobre la enseñanza del latín, publicado el 15 de Julio próximo pasado en «La Nación», tuvo la virtud de llamar la atención de Miguel de Unamuno, quien escribió otro artículo sobre el mismo sujeto y en el mismo diario.

En lo esencial estamos de acuerdo, lo que, francamente, me halaga mucho, pues Unamuno es para mí una de las figuras más simpáticas y que mayormente aprecio entre cuantas descuellan entre la intelectualidad de nuestra época. Y, se lo digo escudado bajo mi pseudónimo y sin ni siquiera pedirle una tarjeta postal con su verdaderamente ilustre firma.

No por esto acepto incondicionalmente todas sus afirmaciones. Encuentro que tiene perfecta razón cuando juzga á los japoneses sin los exagerados entusiasmos del snobismo moderno, como cuando fustiga sin piedad las pedanterías de la Academia. Y á este respecto que se me permita una reminiscencia personal. Hace varios años yo había escrito algo que ponía en tela de juicio, en un cierto punto, la autoridad de la Academia, y lo había ofrecido á un gran diario; pero éste no lo publicó pues yo no había tratado con el respeto debido á la docta corporación. Después de bastante tiempo apareció en el mismo diario un artículo de Unamuno, infinitamente menos respetuoso, por no decir otra cosa, para la Academia. Conservo todavía mi manuscrito, en el que hay ideas y hasta expresiones iguales á las de Unamuno; pero el gran diario no se atrevió á rechazar un escrito que llevaba la firma de tanta autoridad. Unamuno me había vengado.

Pero donde disiento radicalmente de las ideas de Unamuno, es en la importancia que él da á los problemas trascendentales, los que me permito llamar ficticios. A mi modo de ver, tales problemas no existen, y la física ya ha dado buena muerte y mejor sepultura á la metafísica. Quizás habría sido mejor para la humanidad que nunca la hubieran preocupado tales problemas, que no hicieron más que extraviar las mentes más vigorosas y mejor constituidas. Brillante ejemplo de esto nos lo ofrece Platón. En su *Timeo* hay un paso que contiene, en germen, toda la teoría de los logaritmos. Pero en vez de sacar las consecuencias lógicas de las dos progresiones concomitantes, una aritmética y otra geométrica, que habían herido como un rayo de luz su preciosa inteligencia, Platón creyó ver en ellas el *problema aritmético del alma*, y los logaritmos tuvieron que esperar veinte siglos la aparición de su descubridor. Yo concibo perfectamente la civilización moderna sin la especulación filosófica de Descartes, pero de ningún modo sin la geometría cartesiana.

Si no fuera mucho atrevimiento de mi parte, casi casi diría que los problemas trascendentales son una especie de coquetería de Unamuno, como se dijo de Campoamor,—con quien le encuentro cierto parentesco espiritual—que la más humorística de sus humoradas había sido declararse conservador. Si lo juzgo injustamente, Unamuno sabrá perdonarme, él que está acostumbrado á oír y leer respecto de su personalidad intelectual los juicios más disparatados.

. . .

Mas veo que me voy alejando del argumento principal de mi artículo. Yo había dicho que no podemos pretender que nuestros discípulos lleguen á leer cómodamente á Cicerón, pues también les enseñamos el francés y el inglés y no les exigimos lo mismo con Shakespeare ó Racine. Unamuno objeta que el inglés puede servir de mucho á uno aunque no sea capaz de entender á Shakespeare. Muy bien sé que en los colegios navales ó escuelas mecánicas no podremos exigir que los alumnos entiendan á Shakespeare, aunque lleguen á conocer el inglés necesario para ellos á perfección, pero ésto será porque tales alumnos no podrán ad-

quirir el caudal de conocimientos históricos, literarios y filológicos en general que se precisa para penetrar hasta los autores clásicos. Al contrario, todo mi artículo se refería á los colegios de segunda enseñanza, los que deben ó deberían ser á base literaria, y si en ellos se enseña el latín y el inglés, de igual modo se debe exigir que se comprenda á Shakespeare tanto como á Cicerón. Los que sepan el inglés y el francés y no entiendan á Shakespeare ó Racine, no dejarán de tener sus autores clásicos: Carlotta de Braemé, Paul de Kock, Xavier de Montepín y otros. Pero yo no había hablado de ellos. *De minimis non curat prætor.*

\* \* \*

«Tampoco se debe exagerar la infidelidad de las traducciones. Las hay muy buenas»—dice Unamuno. Yo conozco la mayor parte de las obras clásicas de todas las literaturas principales en el original y también he repasado muchas de sus traducciones en varios idiomas. Casi todas las encuentro detestables. Cuanto más llegan á ser literariamente pasables en su nuevo atavío, más se alejan del original. La Iliada de Monti es *rara avis*, que, sin embargo, está lejos de dar la impresión de la de Homero. Unamuno acaso suple con sus vastos conocimientos lo que les falta á las traducciones que encuentra excelentes, y la lectura se vuelve reminiscencia.

Las obras científicas son perfectamente traducibles. Las literarias, especialmente las poéticas, lo son tanto menos cuanto son más bellas. Foscolo analizó sutilmente muchas traducciones de los tres versos de Homero

Ἦ, καὶ κυανέησιν ἐπ' ὀφρύσι νεύσει Κρονίων.  
 Ἄμβρόσιαι δ' ἄρα χεῖται ἐπεφύωσαντο ἄνακτος  
 Κρατὸς ἀπ' ἀθανάτοιο, μέγαν δ' ἐλέλιξεν Ὀλυμπον.

y á todas las encuentra grandes defectos. He leído la del mismo Foscolo, la de Monti, varias alemanas y eslavas, y ninguna vale el original, ninguna hubiese inspirado á Fidias. Dejando á un lado las obras clásicas, que no están al alcance de todo el mundo, cualquiera que sepa el francés, y son muchos los que lo saben,

puede comparar algunas traducciones castellanas, las de Llorente por ejemplo, con los originales. Son cosas que hacen llorar.

Y hay casos aún más graves. A veces el traductor ni siquiera comprende el original. Yo he visto, en un periódico de Buenos Aires, la traducción de la poesía de Stecchetti *October*, bajo el título de *Primavera*. El desgraciado que la tradujo no se había dado cuenta, ni por el texto, ni por sus conocimientos geográficos, de la inversión de estaciones que existe entre Italia y Argentina. Pero puede consolarse con que su traducción hubiera sido del agrado de nuestro señor Ferreyra, quien pretende encontrar matices del alma contemporánea en las obras helénicas y latinas. Aquí se encuentran matices del clima de nuestro hemisferio meridional en una poesía escrita bajo la impresión de las estaciones del hemisferio opuesto.

No por eso diré que las traducciones son completamente inútiles. Hay obras en todas las literaturas que el hombre que aspira al título de culto no puede ignorar, y puesto que á nadie le es dable conocer todos los idiomas, forzosamente debe resignarse á leer las tales versiones. Ultimamente hablaron los diarios de que en Moscú se les había ocurrido hacer ver á los rusos lo que es el espectáculo tan grato á los españoles de una plaza de toros. Seguramente los rusos que lo han visto, en su mayoría, estarán convencidos de que saben perfectamente bien lo que es torear. Un español se hubiera reído á carcajadas. Para mí esta es la imagen perfecta de las traducciones en general. *Ignoti nulla cupido!*

. . .

« No digo que en la segunda enseñanza argentina haya de establecerse cátedras de latín, pero sí creo que en esa nación debería haber, si es que no las hay ya, cátedras de gramática histórica castellana y de lingüística comparada de las lenguas neo-latinas». Cito textualmente este paso de Unamuno, porque me parece que aquí cae en una contradicción que seguramente no es más que un *lapsus calami*, pues para el mismo Unamuno deberían conocer el latín cuantos aspiren á manejar el castellano literariamente. Yo opino que la gramática histórica castellana queda forzosa-

mente trunca é imperfecta sin el latín, el que, como dije en otra ocasión, no es más que una fase más antigua del castellano.

En cuanto á la gramática comparativa neolatina, sin el latín nos faltaría el término principal de comparación, y no veo de qué modo se podría enseñar. La gramática comparativa ariana nació solamente cuando se conoció el sanscrito que se creyó padre de los otros idiomas, aunque no era más que su hermano mayor, pero tan viejo, que bien pudo pasar por padre.

Todos estos estudios glotológicos y filológicos son poco menos que desconocidos entre nosotros, y creo que lo mismo sucede en los demás países de habla castellana. Eduardo de la Barra, profundo matemático y hablista, cuando era rector del colegio nacional de Rosario, dictó un curso de filología como complemento á su cátedra de lengua castellana, de lo cual habló más tarde en alguna de sus obras, citando también el nombre del autor de estas líneas. Pero quizá algún día se sienta la necesidad de inaugurar tales estudios en nuestra universidad, y, para esto, creo que nada vendría más á propósito que Unamuno aprovechara de las vacaciones de allá, para hacernos oír su palabra docta é inspirada en asignatura tan importante. Haría el papel que hizo Max Müller en Inglaterra, y el paso primero y más difícil ya estaría dado.

Sin duda, entre los muchos que irían á escucharle el que lo haría con más gusto y fruición sería el que suscribe.

LEPTIR.

---

## MELANCÓLICAMENTE

---

No sé qué misteriosos atractivos  
tenía aquella pálida doncella  
con su doliente claridad de estrella  
en sus tímidos ojos pensativos.

A las audacias de mi amor esquivos,  
hablaban del rubor que había en ella,  
como evocando la invisible huella  
de leones de ensueños fujitivos.

Se extasiaba mi cándida ternura  
con sus formas de mística escultura  
y sus graves maneras de señora,

Cuando, envuelta en sus blancas muselinas,  
cruzaba por mis tardes mortecinas,  
melancólicamente soñadora...

LEOPOLDO VELASCO.

---

## LAS DOS FUERZAS

---

—« 17 de Junio :

« Mi alma sigue invariablemente como ayer. Debo ser un  
« enfermo. Hoy he sentido verdadero prurito de matar. El crí-  
« men no me atrae solo por lo que tiene de estético. Si así fuese  
« me explicaría, quizá, mi actual estado psicológico. Me siento  
« arrastrado y tengo que resistir. Y resisto porque una fuerza,  
« tan extraña como la que me impele al crimen, opera en mi es-  
« píritu y me aleja de él. No sin motivo escribí en una de las pá-  
« ginas anteriores :

« CREO, COMO CREO EN EL SOL, QUE EN EL UNIVERSO SOY UN PRE-  
« CISO PUNTO DE CONJUNCIÓN DE DOS FUERZAS TERRIBLEMENTE ANTÍPO-  
« DAS : EL BIEN Y EL MAL, EN MI ALMA, COMO EN NINGUNA OTRA ALMA  
« DE VARÓN, ESTAS DOS FUERZAS LIBRAN COMBATES EXCEPCIONALES POR  
« LO BRUSCOS. POR LO TEFIBLES. POR LO BÁRBAROS...»

« Tal creencia, á ratos, hace luz sobre el por qué de mi ser  
« enigmático. Porque, yo lo sé, antes de un raro soy un loco, y  
« antes que un loco un enigma... Y acaso no estoy convencido de  
« ello?

« Quizá no siempre, en este asunto, me muestre su austero  
« rostro la verdad. Como quiera que sea, empero, mi convicción  
« está ya formada : Soy un enigma, y no por otra cosa que por  
« lo inexplicable de mi particular psicología.

« Dios tiene talento. Me hizo de una arcilla especial para que  
« mi alma tuviera verdaderas condiciones de laboratorio. No hay  
« duda : Yo estoy destinado á servir á una série de delicados ex



« perimentos que la Naturaleza tiene imperiosa necesidad de  
 « efectuar. Porque, hasta ahora, no se han hecho esta clase de  
 « ensayos. Y es indispensable que se hagan. Alguien quiere sa-  
 « ber que efectos logra producir en el alma de un hombre la con-  
 « junción de dos fuerzas que eternamente se repelen. Veremos lo  
 « que sucede mañana.»

Así, textualmente así, rezaba la página, yá borrosa, que el doctor Rodríguez había dejado, dos noches antes, sobre mi mesa de trabajo.

—« Léala usted, me dijo al entregármela; léala y despues hablaremos del asunto. Para mi el autor de estas líneas es un caso especial de estudio. La hoja que dejo en su poder la recogí de entre los papeles de una persona de cuya privanza gozé. Según entiendo, pertenecía á un viejo libro de memorias escrito en la juventud, y posiblemente antes de un suceso estupendo que relataré á usted más adelante.»

Yo leí la página, la leí con fruición. Y tuve miedo....

Después pasaron ocho días. Al cabo de ellos volvió á visitarme el doctor Rodríguez.

Ninguno de los dos nos atrevimos á abordar el tema. Conversamos largo rato de cosas indiferentes. Al pasar, quizá llevado por la preocupación que me dominaba en ese momento, me referí á los hombres espiritualmente exóticos. El doctor Rodríguez creyó que mi intención era iniciar el debate del «asunto», y previo cierto gesto especial lleno de ceremonia, me dijo apoltronándose:

—« Voy á narrar á usted una historia que á mí me resulta no sé si terrible ó ridícula. Ella le explicará acabadamente lo que usted no haya podido descifrar en la página que hace algunos días confió á su estudio. Escúcheme usted:

Era yo todavía un niño cuando ví por primera vez al doctor Inchausti. Lo recuerdo, fué una mañana gris y triste, en la que la neblina era densa y hacía mucho frío. Parábamos en el mismo hotel. Cuando lo ví, su persona me causó verdadera impresión. Era alto y escuálido. Una larga y espesa barba le ocultaba

casi por completo el rostro, en cuyo fondo relampagueaban dos menudos ojos vivaces.

La casualidad quiso que la misma tarde del día en que lo ví por primera vez, entablásemos relación. Yo era el único niño mayorcito que había en el hotel. Quizá por eso se dió conmigo. Visiblemente le huía á los hombres, y sobre todo á los viejos...

En pocos días Inchausti y yo, guardando las distancias que nos imponían nuestras respectivas edades, éramos yá dos antiguos camaradas.

El no tenía secretos para mí. Y á esto, precisamente, debo el conocimiento de todo el misterio de su vida. Oigalo usted :

Juan Carlos Inchausti nació en un rincón de América. Cuando estudiaba tercer año universitario en la ciudad capital de su patria, se enamoró de una aprendiz de modista, muy hermosa y por lo tanto demasiado mujer.

Margarita — así se llamaba la adorada — correspondió al amante el tiempo que lo suelen hacer todas las niñas : dos meses escasos. Despues entregó su corazón á un apuesto dependiente de almacén. No obstante, seguía aceptando las demostraciones de Inchausti...

El no sospechó nunca la traición : era demasiado hombre.

Un día notó que la frialdad que su amada había comenzado á demostrarle recrudecía asombrosamente. Quizá dominado por algo de eso que el léxico del vulgo apellida celos, inquirió una razón de ello á Margarita. Esta, por toda respuesta, se sonrió...

Hubo entonces un largo suspiro intensamente triste. Luego los dos amantes no se vieron más.

Inchausti, en esa hora, sintió poblarse de Holanda su cerebro. Amaba á Margarita, casta y sinceramente, como se ama á una flor. Su desprecio lo anonadaba. Cuando supo la verdadera causa que la movía, pensó vagamente en el suicidio. El había descendido hasta ella, desde el pináculo de su posición social y ella prefería las dotes demasiados clásicas de un vulgar acólito de mostrador, á su nombre, á su porvenir y á su cariño...

Desde entonces se iniciaron en el espíritu de Inchausti esos que él mismo llamaba *experimentos*. El Bien empezó á luchar con el Mal. ¡Y que luchas, amigo mío!

La página que he puesto en sus manos, y que sin duda habrá leído usted, es una prueba muy clara de ello.

Yo me estremezco de terror al solo recuerdo de uno de aquellos inverosímiles combates interiores.

Se lo voy á referir á usted con las mismas palabras con las que él me lo narró, desde su lecho de enfermo, muy pocos días antes de morir.

« No hacía un año aún — son los términos de Inchausti — que me había recibido de médico. Mi fama de buen facultativo estaba entonces en formación, pero era ya lo bastante conocido para que algunas familias de las más aristocráticas de mi ciudad natal, pusieran en mis manos uno que otro de sus enfermos.

« Pues bien. Cierta día fué llamado con urgencia á casa de la familia de B... — Lucía, una hermosa princesa de quince años, se sentía gravemente indispuesta. Comparecí al llamado. La examiné. No había duda : Se trataba de un caso de apendicitis.

« Iba á revelar la gravedad de la dolencia á la familia de Lucía, cuando, de pronto, me acometió un terrible deseo de hacer mal. Bien sabía yo que la más grave demora bastaba para cegar aquella vida, tan pletórica de todo lo que le faltaba á la mía. Y pensé en dejarla morir. En ese instante, supremo y terrible, había en mi interior una como tormenta de sombras, y el rostro de Voltaire, malignamente sonriente, parecía pronunciarse sobre el mío.

« Quise deshacerme de aquel infernal pensamiento, mas todo fué en balde.

« Si por un lado el agosto prematuro de esa flor, que nada sabía del frío del invierno, tocaba rudamente las fibras delicadas de mi espíritu, por el otro, los terribles insomnios de mi vida nublada iban puntualizando en mi corazón un secreto prurito de venganza.

« Yo tenía bien presente, en ese instante, el cuadro que epilograría la muerte de la niña. Y en verdad me resultaba sugestivo.

« Ver tronchar esperanzas con vigores de robles, era para mí algo que aguijoneaba mis placeres de esteta.

« El llorar de la madre que se enorgulleció tantas veces de los  
 « elojios tributados á las prendas de su hija, la desesperación de  
 « los allegados vanidosos que la presintieron triunfadora en  
 « hiporbólicos salones de ensueños, la profunda tristeza de las  
 « niñas coquetas que se jactaron de gozar de su privanza, y la  
 « dantesca agonía, también, del secreto adorador predilecto, que  
 « allá, en una tarde, escuchó una promesa que era un cielo : to-  
 « do, todo, daba desmedidas ampulosidades á la fiereza de ese ti-  
 « gre espiritual, que está rugiente siempre dentro de mi corazón  
 « todo Siberia...

« Yo creí, ó quise creer entonces, en la universal comunidad  
 « de las mujeres, y pretendí vengar con la muerte de Lucía la  
 « ofensa que me hiciera su sexo en los crueles desprecios de  
 « aquella otra hermosa cuyo recuerdo se ha identificado con mi  
 « vida.

Y ahora oiga usted lo más terrible:

« La dejé morir, y pude presenciar el cuadro. Y gocé, gocé una  
 « porción de placeres incontables...

« En medio de una sociedad que maldijo, y en medio del des-  
 « moronamiento de mi fama reciente, fui por algún tiempo fe-  
 « liz. La venganza, así como yo la entendía, había echado un po-  
 « co de sol en mi cerebro.

« Pasó el tiempo, y despues, tras el ocaso vino la noche. El  
 « Mal fué descendiendo lentamente, como un telón en una escena  
 « dramática de efecto. Y noté de improviso la presencia del Bien.  
 « ¡Qué noches pasé entonces!. Mi desprestigio científico, que an-  
 « tes había despreciado, me taladró como una daga. Debo confe-  
 « sarlo. Yo tenía conciencia de mi propio valer. La muerte de la  
 « niña no se la podía achacar, jamás, á mi impericia médica. ¡De-  
 « masiado conocí desde el primer momento cual era la dolencia  
 « que la aquejaba; y bien presente tuve también todos los pro-  
 « cedimientos terapéuticos y clínicos que debieron emplearse pa-  
 « ra salvarla. Se había muerto solo por que yo había querido que  
 « se muriese. Fué un acto consciente. Sí, señor mío, perfectamen-  
 « te consciente...

« Esto explica mi desesperación. Yo no podía defenderme sin  
 « revelar el secreto de sombra que envolvía á mi espíritu. Me re-

« signé, y después, cuando mi situación se hizo imposible, emi-  
« gré de mi patria.

« Desde entonces, varias veces, la muerte de Lucía me ha pro-  
« vocado diversos é inexplicables sentimientos. A ratos he expe-  
« rimentado placer, á ratos miedo, á ratos vergüenza, y á ratos,  
« también, un profundo y terrible remordimiento. Pero hasta aho-  
« ra ignoro si he hecho bien ó mal. Por eso he dicho alguna vez  
« que soy un caso de estudio...»

---

Después hubo una pausa. El doctor Rodríguez, que á partir de la segunda mitad de su narración había dado á su tono una secreta tonalidad de música de *requiem*, concluyó como el epílogo evocador de un salmo triste, cuya última armonía se pierde en el conjunto de las notas finales, que agonizan bajo la pesadez del órgano cansado...

Ambos guardábamos silencio. Un silencio como el prologa siempre á la admiración de las cosas estupendas. Luego, mientras yo intentaba deshacerme de una enorme carga de meditaciones sobre cosas profundas, é imposibles, el doctor Rodríguez continuó su relato.

Yo oí muy poco del resto de la narración. Apoltronado en mi sofá, frente á mi interlocutor, soñé con los ojos abiertos. Estaba como nirvanizado de sombra...

Mientras el doctor Rodríguez habló, apenas si distinguí, confusamente, el acompasado movimiento de sus labios. Sobre lo que me relató nada sé. Lo ignoro todo. Solo recuerdo que después de estrechar la mano del doctor Rodríguez, cuando este creyó oportuno retirarse, me senté, cerré los ojos, y así permanecí,—entre dormido y despierto—hasta que rayó el alba.

Rodríguez acababa de abrirme, quizá sin saberlo, un campo nuevo á las especulaciones de mi espíritu...

---

Hace un año ya que conozco la historia misteriosa é íntima

del doctor Inchausti. Durante el año transcurrido he estudiado y analizado mucho su personalidad psicológica. Para mi, ya no es un enigma. Sencillamente es hombre...

¿No lo creéis? Pues bien. Consultad á vuestra propia conciencia. En todos nosotros hay gérmenes de eso que modeló el espíritu de Inchausti. Para hacer eclosión, no necesita más que la vida le brinde la oportunidad de ello. Y después, ¿quién puede asegurar que todos los hombres—más ó menos aparentemente correctos y sensatos—no obran á toda hora como Inchausti? ¿Conocemos, acaso, el obscuro misterio de todas las almas?

Para el que cree en lo Incognoscible de Spencer, lo que Inchausti llamaba *experimentos* no es otra cosa que la lucha necesaria entre el Bien y el Mal, cuyos resultados, al postre, determinan la suerte de ultratumba.

Por qué se inclinó Inchausti hacia el lado del mal, preguntádselo á los poetas enamorados que se suicidan, á los maridos celosos que matan, y á las novias soñadoras que se meten á monjas por que su paje azul se esfumó en los devaneos de una fiesta... A todos ellos, como á Inchausti, los arrastra una de las dos fuerzas que trabajan á todos los espíritus.

¿Son inocentes, son culpables?

Inquiríos á vosotros mismos la respuesta. Y después—serenamente—arrojad contra Inchausti vuestra piedra...

RÓMULO D. CÁRBIA.

---

## EN MI ESTANCIA

---

Tarde invernal. La lluvia lentamente  
cae fuera á través de los cristales.

Yo, pensando en Lucía,  
escribo madrigales.

No lejos de mi mesa un gato blanco  
engurruñado en el diván dormita.

El frío arrecia, y el gato,  
dormitando, tiritita.

En su retrato el rostro macilento  
y grave de mi abuelo octogenario,  
medita como un santo  
de antiguo escapulario.

En sus azules ojos taciturnos  
brilla el noble fulgor de sus hazañas,  
que dicen los pastores  
cantando en las montañas.

A su lado, en divina miniatura,  
una dama gallarda y hechicera:  
Mi abuela, gran señora  
de rubia cabellera.

Más de un galán prendóse de ella al verla,  
cuentan antiguas crónicas hispanas;  
bailaba con donaire  
gavotas y pавanas.

Algunos libros dentro de mi estante,  
papeles y un velón sobre mi mesa;  
en mi cerebro un mundo  
y en mi alma... la tristeza!

Y más adentro, en lo íntimo del pecho,  
donde todo es ternura y armonía,  
un nombre dulce y vago,  
tu nombre, mi Lucía.

ARTURO PINTO ESCALIER.

---



## SEDUCCIÓN

(Escena de un drama)

(Va amaneciendo. Aparece Fernanda en la escalera y hace señas á Alberto de silencio; luego, acercándose á Blanca, le habla en voz baja. Esta maniéstase sorprendida y se dirige presurosa hacia la bajada.)

BLANCA—(Descendiendo) Pobrecita ¿dónde estás?

FERNANDA—(A Alberto, llevándose hacia las habitaciones) La encontré llorando junto á la escalera, sin atreverse á subir.  
(Ambos salen.)

(Aparecen por la escalera Blanca y María Elena que se apoya en su brazo llorando. María Elena cubre su vestido de baile con un ligero tapado.)

BLANCA—Cálmate, querida, no llores.

MARÍA ELENA—¡Oh, tú eres una santa! ¡Y he podido ofenderte!  
¡Oh, no me rechaces, Blanca, ten compasión!

BLANCA—¡Rechazarte! ¿no estás en mis brazos?

MARÍA ELENA—Oyeme, Blanca. Oyeme y tendrás compasión de esta desventurada..... (Mirándola fijamente, con voz velada por la angustia) Pero ¿no lo habías comprendido?.... ¿no lo habías comprendido, Blanca?.... Ay! le amaba!.... Aquí en Mar del Plata le conocí. Fué un sábado, en San Pedro. Eran las cinco. En la mística soledad del templo no se oían sino nuestras voces. Ensayábamos en el coro. Una penumbra crepuscular llenaba el recinto y un aire de santidad flotaba en el santuario desierto. Sólo allá en el fondo, junto

al altar mayor, una débil lámpara velaba al Señor Sacramento, dormido en su sueño de inefable amor.... Oímos rumor de pasos y una joven pareja del pueblo, seguida de un pequeño cortejo, apareció. Iban á casarse. Guardamos silencio, tal era el encanto de esa sencillez que hacía más augusta la ceremonia. De pronto, sorprendida, creí divisarle entre el pequeño séquito. Sí, era él, era Alberto. El novio, pobre labriego protegido suyo, conociendo su llegada el día anterior, había ido á invitarle. Su presencia en la iglesia causó igual sorpresa en las que estaban á mi alrededor. Hablaron de él, luego de tí, oí tu nombre, y no sé quien dijo: «la habrá olvidado». Entonces comenzó mi culpa, sí, porque, si bien no ignoraba, por haberme tú á menudo hablado de él, que ustedes se querían, sin embargo esa frase me llenó de placer y llegué á desear que ese olvido fuera cierto. Y absorbida ya por mi culpable pensamiento, seguí contemplándole. ¿Qué fascinación ejerció en mí aquella figura noblemente varonil que se destacaba en medio de los sencillos labradores como un rayo de luz entre las sombras? Ah, no lo sé.... Un deseo intensísimo me acometió de seducirle, de hacer que volviera hacia mí sus ojos dirigidos hacia el altar. No me importó que me hallara en el templo. Tenía en mis manos el «Souvenez-vous, Vierge Marie», llamé á María Magdalena para que me acompañara en el órgano y canté... Apenas había comenzado cuando le ví volverse. Yo estaba radiante y canté como nunca. Todas me lo dijeron sorprendidas, sí, pero la dulcísima plegaría de Massenet no fué cantada para la Virgen, no fué cantada para los novios, no, la canté para él, sólo para él.... Cuando descendí del coro, los novios llorando me besaron las manos, y yo temblorosa uní por primera vez la mía á la que me tendía Alberto, al tiempo que murmuraba sus felicitaciones. «No tanto por su voz dulcísima, señorita — me dijo — como por la bondad inmensa de su corazón, gracias por ellos.» Y salieron.... Yo quedé la última y al persignarme una visión terrible me paralizó de espanto. Al alzar los ojos creí ver en los de la Virgen una dura mirada de reproche, como si en medio de aquellas

alabanzas hubiera querido descubrirme la miseria de mi acción. No sé si aquello fué una alucinación, pero sé que me sentí culpable. Salí apresurada y desde aquel día no he vuelto más á la iglesia. ¡Ah, pero ya era tarde! Ya esa pasión desatinada se había apoderado de todo mi ser, sin que mi voluntad influyera, sin tener casi conciencia de ello. Tú llegaste en la hora terrible en que esa lucha desgarraba mi corazón. Debí ser fuerte, pero lejos de resistir, bastó una palabra de ese hombre ruin para que, como había profanado el templo, profanara la amistad, y entonces, dos veces culpable, ofuscáronse mis sentidos por la embriaguez de la fiebre, veláronse mis sentimientos hasta el punto de producirme un indefinible placer la vista de tu desamparo, pensé en mi delirio que te irías dejándolo libre, y esta idea que iba á estallar ya en un grito de irrefrenable alegría, ahogóse en mi garganta cuando ví que te alzaste como un fantasma vengador y clavando tus ojos en los míos me dijiste aquellas palabras que aun siento resonar en mis oídos: «Eres una pérfida, María Elena». Esas palabras me volvieron á la realidad. Sentí horror de mí misma y sin desplegar los labios me dejé arrastrar como una autómatas por ese hombre.

BLANCA—¡Pobre María Elena, cuanto debiste sufrir! ¿Porqué me lo ocultaste? ¿porqué no tuviste confianza?

MARÍA ELENA—No, Blanca, debí ser fuerte, y en vez de resistir, cedí. (*Bajando la voz*) Tú ya me has perdonado, pero aun debo mi expiación á la Virgen. Esta tarde cuando de nuevo la penumbra crepuscular inunde el templo, iré como aquella tarde, sola, á cantar, pero esta vez la dulce plegaría será para ella, sólo para ella!....

GASTÓN F. TOBAL.

## LETRAS ESPAÑOLAS

---

POESÍAS DE MANUEL MACHADO

El nuevo volúmen de este poeta comprende, á más del grupo de composiciones que publicara antes con el título de *Alma*, dos nuevas partes: *Son Museo* y *Cantares*. Estrofas y sonetos antiguos matizan el libro que el señor Unamuno prologa. El rector de Salamanca elogia á Machado. Lo halla jugoso y lleno de gracia y al hacer el análisis de su obra, afirma que, siendo por la fórmula modernista é influido por la escuela francesa, está más cerca de los clásicos, como lo estaba de Esquilo, Victor Hugo á través de Dante y de Shakespeare. Considera también el señor Unamuno que Machado, como todo poeta auténtico, es una fuerza de la naturaleza pues su frescura, fuera de artificios pomposos, le da un aspecto de verdad profunda. Y en el mismo prefacio juzga en Machado al poeta más español.

Así es, en efecto. Sus paseos en las tardes galantes de Versalles, sus siluetas de porcelana, no le alejan del solar castellano ni le sacan del patio andaluz, bajo cuyas parras agobiadas de pesados racimos canta á la ágil morena en la copla vieja y sabrosa como los viejos vinos que sabían beber los enjutos hidalgos para sazonar empresas de gloria y lances de amor.

La España de los cantores ó de los caballeros aparece en su magnificencia en este libro, uno de los mejores que han venido de la península y cuyo autor es con Villaespesa, Zayas y Diez Ca-

redo los que han dado un nuevo giro á la poesía española arrancándola de la vaciedad solemne de los académicos.

Pertenece Machado al grupo joven que ha roto los moldes añejos que sirvieron á Nuñez de Arce para construir sus poemas somnolientos y al desventurado señor Emilio Ferrari sus estrofas sin vida á la sombra de las cuales floreciera el buen Federico Balart. Sus cantos, como los recitados musicales, son estudiados por todos los aficionados de las ruralidades que hallan en este flojo llorón, el ideal desbordante de su sentimentalismo.

A más de las cualidades intrínsecas de sus poesías, tiene Machado el mérito de haber contribuído á esa evolución iniciada en América por Rubén Darío. Dentro de esa misma evolución Machado resulta el más castizo de los poetas. No importa que describa la elegante trivialidad del *Dieciocho Francés* personificado en Florián:

Madrigalesco y eglógico  
 Y cortesano, sabia  
 Hacer la guerra entre encajes  
 Y enamorar entre rimas  
 Sonriendo... Entonces era  
 La religión la sonrisa;  
 La ley, ser cortés; la moda  
 Las pastoriles poesías...  
 Y Florián el mejor  
 De los cantores de Aminta...  
 Se sabe que Florián  
 Le pegaba á su querida.

Donde su vigor se manifiesta amplio y sin esfuerzo es en las poesías evocadoras de la España antigua, fuerte, soberbia y admirable. Hace entonces cuadros de Velázquez. Pruébalo este soneto titulado *Madrid Viejo*:

Una plaza tranquila. Sol... Más de mediodía.  
 La blanca tapia de un convento... Una  
 Fachada de palacio antiguo... Lerma... Osuna...  
 La seriedad del sitio corrige la alegría

De la luz. Vana hierba entre las piedras crece.  
 Rejas—las viejas lanzas de los antepasados—  
 Guardan los ventanales y balcones rodados  
 Del caserón antiguo que tranquilo envejece.  
 Llegan las horas y las horas... Suena  
 Una campana... Sale una mujer de luto.  
 Un mendigo la calle de un lado á otro pasa.  
 Es ciego. Su cayado en las losas resuena.  
 Un viejo de Ribera, avellanado, enjuto...  
 «Sea la paz de Dios en esta santa casa».

Es un magnífico lienzo, sobrio y preciso. Es en sus breves estrofas, en sus páginas fugaces, donde renace la España de los castillos y de los conquistadores, de la época en que la lanza del Cid no descansaba en el museo. Es Machado el poeta noble de ese tiempo que sabe condensar en el ritmo de sus versos preciosos el alma del rancio pasado y el espíritu de la Andalucía actual,— las dos bellezas de España, la extinguida y la viva—aquella en las referencias del Campeador, los óleos oscuros, las hazañas de Minaya Alvar-Fáñez, y ésta en los cantares chillones de sol y chorreantes de mosto. Es también el más completo. Junto al poema *Castilla*—«polvo, sudor y hierro»—tiene madrigales de exquisita finura. No son los gimoteos tan peninsulares que gustaban á la musa de don Antonio Grilo. Su originalidad puede apreciarse por esta estrofa:

Y no será una noche  
 Sublime de huracán, en que las olas  
 toquen los cielos... Tu barquilla leve  
 Naufragará de día, un día claro  
 En que el mar esté alegre.  
 Te matarán jugando. Es el destino  
 Terrible de los débiles...  
 Mientras un sol espléndido  
 Suba al zenit hermoso como siempre.

A Manuel Machado lo criticó sin mesura un grave académico. Fubén Darío le ha elogiado con entusiasmo.

«Estrofas», por RICARDO J. CATARINEU.

La poesía meditativa y filosófica tiene en Catarineu un cultor predilecto. Su antiguo abolengo se refresca en su pujante vigor. Catarineu, entregado á las mediocres tareas del periodismo, según su amable prologuista Manuel Bueno, encuentra energía aún para ocuparse en versos fluidos y bizarros de los males humanos. Su musa es buena. No tiene tiempo para acicalarse ante el espejo, ni rizarse la cabellera ni encubrir defectos sin remedio, con afeites externos. De ahí que á veces sorprendan en su lenguaje durezas é inelegancias de estilo. No es un poeta de forma. Se preocupa más de las ideas, generosas y dulces como su alma, que está diluída en todo el libro, fragante de bondad.

ALBERTO GERCHUNOFF.

## LETRAS ARGENTINAS

---

Por más que el mérito de tal ó cual libro sólo sea escaso, sin embargo se impone en estas notas bibliográficas el elogio, la frase de aliento para su autor, si es que ese libro, en su valor meramente relativo, revela un digno esfuerzo ó una sana aspiración de arte. Y la razón es obvia.

Nuestra literatura — si es que existe — no tiene sino un valor relativo. Por lo tanto no se puede usar á su respecto el mismo criterio que se emplearía al juzgar una literatura europea. Es de desear, naturalmente, que la producción artística argentina sea de verdadero mérito, mas no han de exigirse imposibles. Por algo hay que empezar. Al lado de un Obligado, de un Groussac, de un Lugones, de un Ramos Mejía y de algunos otros hombres de letras que honrarían á cualquier país ¿cuántos, entre nosotros, cuya labor, que es considerada y es justo considerar con respeto, quedaría borrosa en otro medio?

En estas cosas como en todas, no puede haber criterios absolutos. Con ellos, verbigracia, debiera empezarse por excomulgar desde ya nuestro naciente teatro que, ni vale la pena decirlo, no resiste por cierto el parangón con ningún teatro europeo. Apenas si Sánchez, en alguna de sus obras, se acerca al tipo. Y sin embargo no es cosa de desdeñar la labor de los demás.

¿Y qué decir de nuestra entera literatura? Si á su respecto se hicieran valer los mismos argumentos, á qué quedarían reducidos Echeverría, Marmol, Andrade ó Gutierrez, al lado de



Hugo, de Byron, de Zorrilla? Valuaciones distintas han de regir. No hay duda. Con criterios absolutos no se llega á ninguna parte.

Eso sí, guerra á la mediocridad, á la pereza, á la falta de honradez artística, en una palabra, á la grafomanía.

«*Joyeles*» por JUAN AYMERICH.

Este libro podría dar tema para volver á repetir todo cuanto se ha acostumbrado decir respecto de las dificultades que opónense al buen manejo del soneto, las que por otra parte han sido exageradas, y de las positivas ventajas que esa especie lírica ofrece para ciertos asuntos, cuando se ha logrado dominarla. Pero la materia está agotada y no vale la pena insistir.

Atento á lo dicho, los cien sonetos que *Joyeles* contiene, están trabajados con maestría suficiente como para merecer el respeto de todos los cultores del difícil arte en estas tierras.

Parnasiana podría definirse la estética del señor Aymerich, y su misma admiración por Heredia, del que nos da unas felices adaptaciones (apláudase la cautela) de algunos de sus sonetos, abona en favor de esta opinión. Mas no es el suyo un parnasianismo completamente definido, si por tal cosa se entiende una absoluta impersonalidad artística. Su obra, en efecto, no es del todo impersonal, como dicho sea entre paréntesis, nunca he visto que lo fuera tampoco la de los parnasianos de primera fila, poniendo entre ellos al mismo Heredia. Ciertamente, fiel á la susodicha estética, el señor Aymerich ama la línea y el color con preferencia al sentimiento; sin que esto excluya de muchos de sus mejores sonetos esa interna vibración emocional que por ellos derrámase infundiéndoles alma.

Todo es cuestión de grados. Antepone, sí, el cuidado de la forma que trata de hacer luminosa y sonora, al contenido, lo que no significa que haya desterrado de sus versos todo elemento subjetivo.

Sus sonetos, endecasílabos y alejandrinos, (salvo dos de versos de diez y seis sílabas) desenvuélvense serenamente, sin tropiezos, encerrando con holgura la idea que los informa, que sabe siempre terminar en el último pié con un rasgo sintético y expresivo, que acertadamente redondea y cierra la composición.

Como defecto principal de esos sonetos puede señalarse la trivialidad de la rima, no siempre rica cuanto fuera de desear. Así los consonantes *oso, osa, ado, ada, io, ia, ante, ente*, y otros del mismo jaez, son repetidos en *Joyeles* con una lamentable frecuencia.

En cuanto al procedimiento descriptivo del señor Aymerich es sencillo y directo. Usa de las metáforas con sobriedad y buen gusto. Pero deben hacerse reservas respecto á su adjetivación. Sus epítetos pecan á veces de poco novedosos, de manoseados, y en ocasiones también de impropios. «La dura piedra», «un invierno frío», «la palidez nevada de tu frente incolora», «heladas ráfagas de frío», y algunas otras expresiones que encuentro al azar, no se recomiendan por cierto por su propiedad. Pero no ha de darse á estos deslices sino la importancia que merecen, pues, si me he detenido en anotarlos, sólo ha sido porque se trata de un libro que sale de lo vulgar. Aplaudamos por consiguiente á este nuevo poeta cuya voz nos llega de la somnolienta Córdoba, y felicitémonos de que á la sombra de la doctoral ciudad, en el corazón de la República, trabajen y produzcan ya varios caballeros del ideal: al lado de Aymerich, ese otro poeta del color, José María Velez, y el ameno y sincero Martín Gil.

«*Cavalcanti*» por LUIS MARÍA JORDAN.

*La Túnica de sol*, el libro con que se estrenara el señor Jordan, nos daba derecho para esperar de él algo más de lo que en *Cavalcanti* nos brinda.

En este último libro se vé al autor luchar con la falta de tema. Es lógico creer que todo cuento ha de girar alrededor de algo. Y en verdad algunos de los del señor Jordan, por no decir la mayoría, están contruidos sobre un asunto bien pobre, cuando no carecen por completo de él, limitándose á simples páginas descriptivas ó á estrofas truncas de hipotéticos poemas en prosa.

Esa misma narración final, *Venus Dolorosa*, que parece por unos instantes prometer mucho, termina lo más trivialmente posible, causando en el lector la natural decepción.

Sálvase el libro empero por el estilo. El señor Jordan es un

artista y un poeta. Su lengua es fácil, su imaginación rica. Y abunda en delicadezas de expresión dignas de todo elogio.

Por estas mismas razones, porque el señor Jordan ya se ha conquistado un envidiable puesto entre los cultores del arte entre nosotros, y porque ya se halla en plena posesión de su estilo, que le permite expresar los más variados matices del sentimiento, débesele exigir lo que á un novicio podría perdonársele: un libro completo por el fondo y por la forma.

Cuando se nos prometen cuentos, justo es esperar cuentos.

«Vértigos de sol» por RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Un prometedor librito que encierra seis breves cuentos, ingenuos é interesantes. Su autor no carece de imaginación ni de sensibilidad, cualidades esenciales de todo artista. Tampoco fáltanle dotes de observador.

Sus páginas descriptivas son encomiables. También dialoga con desenvoltura. Nótanse, sí, en el libro algunas vacilaciones, consistentes en la repetición de ciertas palabras y frases predilectas ó en algunas incorrecciones de régimen, inexperiencias todas que sin duda salvará fácilmente el señor Arrieta en su producción posterior.

Esperamos, pues.

ROBERTO F. GIUSTI.

---

## TEATRO NACIONAL

---

**Nacional.**—«EN EL CEPO» por *Don Félix Alberto de Zabala*.—«JAU-LA DE LOCOS» por *Don José de Maturana*.

«En el cepo»—Con este título estrenóse el miércoles 16 de Octubre una comedia en tres actos de don Félix Alberto de Zabala. Este autor había ya adquirido cierto merecido crédito por sus producciones anteriores. Por lo tanto, el público que asistió al estreno, acudió con la presunción de encontrarse con una obra que consagrara definitivamente al señor de Zabala, como uno de nuestros autores de mérito; pero, le esperaba la decepción más grande.

Obra artificial en absoluto, «En el cepo» es falsa como pintura de costumbres, endeble en la descripción de caracteres, al punto de no haber uno solo que se destaque nítidamente en ese conjunto de tipos chirles y mediocres que circulan en la comedia.

Tan absurda va siendo la obra á medida que avanza en su desarrollo, que hubo momentos en que llegamos á creer que el señor Zabala se hubiera propuesto, á sabiendas, especular sobre la vulgaridad intelectual de nuestro público. Pero si tal fué su objeto, este le salió errado, pues la indiferencia más aplastadora acogió esta tentativa fracasada. Y lo más lamentable del caso, es que parece que el autor se propuso hacer con esta obra, una obra de tesis. ¿Defensa del divorcio? Por ningún lado vemos que los matrimonios que nos presenta en la comedia, prueben algo en favor de tal ley. Lo único cierto es que «En el cepo», es una pieza

en cuyos tres actos se verifican una serie de peripecias cómicamente ridículas, y que el señor Zabala hubiera hecho muy bien en no escribir.

¡Cuán lejos de la comedia emocionante y realista que teníamos el derecho de exigirle! Sin embargo, no desesperamos de poder en estas mismas páginas elogiar sin reticencias una futura obra que afirme todas sus cualidades y borre todos sus defectos.

«Jaula de locos».—El señor José de Maturana, otro autor apreciado, ha estrenado una obrita en un acto (y á la que llama comedia) con el título enunciado.

Si bien es cierto que sería una necedad tomar muy á lo serio las obras que, como esta, sólo se proponen divertir al auditorio, pensamos que las situaciones que en ellas se ofrecen, por más locas que sean, deben tener su grano de buen sentido, del que, á nuestro parecer, carecen las escenas que componen la obrita que nos ocupa.

**Apolo.**—«LA CONFERENCIA DE LA HAYA» por *Don Nicolás Granada*.

Nuestro teatro se halla indudablemente en un período de crisis. Surgió vigorosamente hará unos cinco años, casi como en un movimiento de reacción contra ese malhadado género chico que tan estragado tenía nuestro gusto. A pesar de que en el transcurso de estos años, se dieron muchas obras malas, casi todas eran tentativas más ó menos serias y por lo tanto dignas de estima. Pero, de un tiempo á esta parte, se nota en nuestros autores una evolución alarmante. La mayoría tiende á la fácil composición de sainetes y zarzuelas de fácil aplauso, pero con el agravante de ser estas piezas lo más antiartísticas y groseras. Siquiera, en aquel género chico tan combatido, se encontraba, de vez en cuando, una buena letra y una buena música.

Estas reflexiones nos surgen con motivo del estreno en el teatro Apolo de una *revista humorística cómico-lírica* titulada «La conferencia de la Haya», y cuyo autor es el conocido escritor don Nicolás Granada.

En absoluto desaprobamos este género de producciones teatrales. Ni el *vaudeville*, ni la zarzuela, están dentro de la literatura.

Y no se crea que estas observaciones son inaplicables á la obra que las origina.

«La conferencia de la Haya», es una sátira grosera é inconveniente, en la que se ponen en la picota del ridículo á naciones, que ahora menos que nunca nos conviene ridiculizar, si no queremos perder nuestra secular tradición de cultura.

Lo único bueno de «La conferencia de la Haya», fueron las decoraciones. Estas merecen una felicitación.

Aparte de esto, la interpretación de la revista fué bastante buena. Demasiado buena, como alguien dijo, dado el escaso valor de la última producción del señor Granada, quien debe volver á tentativas sanas y serias como «Al campo» y «La Gaviota», si desea ser aplaudido sin reticencias.

**Marconi.**—En este teatro no ha habido ningún estreno. Quizás sea mejor.

En cambio, con motivo del beneficio del estimable actor Pedro Gialdróni, volvió nuevamente al cartel «En familia», esa sencilla, sobria y hermosa comedia de Florencio Sanchez. En el rol de Eduardo, renovó el señor Gialdróni sus triunfos de hace dos años.

Verdaderamente el asistir á la representación de una obra de Florencio Sanchez, constituye un merecido reposo para el espíritu conturbado por tanta obra mediocre. Sin género alguno de duda, el señor Sanchez es el primero de los autores dramáticos argentinos.

ALFREDO A. BIANCHI.

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

**Don Miguel de Unamuno**—El ilustre rector de la Universidad de Salamanca, ha contestado, á nuestro pedido de colaboración, con la carta que, gustosos, á continuación insertamos:

Sr. Don Roberto Giusti.—Mi estimado señor: Llegó su carta á esta mi casa estando yo ausente de ella, de veraneo en mi país vasco, y hoy me llega el segundo número de «Nosotros»—el primero no lo he visto. El número éste que tengo delante me agrada; es de fisonomía simpática. Veo el esfuerzo á darle variedad y á conjuntar la amenidad con la seriedad. Porque las revistas ó suelen pecar de superficiales ó de inamenas.

Encuentro un trabajo de Carlos Octavio Bunge, mi buen amigo, y siento una punzada de reconvención porque aun no he dedicado el trabajo que debía, á exponer los méritos de ese trabajador infatigable que tanto hace por elevar el nivel de la cultura de su patria. Lo que más me gusta en Bunge es su ahinco por tratar las cosas en hondo y en vasto, la tendencia genuinamente filosófica de su pensamiento.

Algún otro conocido encuentro en el número.

Quisiera poder gozar pronto de un respiro en mis crecientes tareas para enviarles algo á «Nosotros», incluyéndome así—y muy honrado con ello—en ese pronombre titular de la revista

Creo que ahí, en la Argentina, lo mismo que aquí, en España, es de necesidad crear un núcleo de jóvenes atentos á las formas más elevadas, más puras, menos pragmáticas—aunque no por eso menos hondamente prácticas—de la cultura, á todo lo que siendo hoy un nuevo lujo espiritual para la colectividad en conjunto, llegará á ser mañana sustancia de la patria. Una nación necesita alma y alma duradera y fuerte, y ésta no puede encontrar ni duración ni fuerza sino en la visión de una elevada finalidad, que trascienda del bienestar y la riqueza de las generaciones actuales. La labor de ustedes tiene que ser dar personalidad espiritual á la patria argentina, y que tenga un signo y sello y un valor para los demás pueblos. Y esto es más necesario donde las continuas avenidas de gentes extrañas, de emigrantes, tienden á romper la unidad de carácter espiritual. La unidad de ustedes habrá de ser unidad de integración, no de homogeneidad, y por eso mas difícil.

Y basta de fáciles divagaciones.

Con ustedes, con «Nosotros, estoy en espíritu y en anhelos, y

¡ojalá su labor sirva á la vez que para enriquecer la cultura de esa tierra, para Hermanarle más con los demás pueblos de lengua castellana!

Le saluda su affmo.—*Miguel de Unamuno*.—Salamanca, Octubre 10 de 1907.

«**El Tiempo**»—Nuestro colega ha festejado en este mes su 14º aniversario. Catorce años de vida durante los cuales dió siempre un saludable ejemplo de integridad y civismo, manteniendo enhiesta la bandera de los más sanos principios, en medio del turbulento embate de las pasiones políticas.

Y ha sido además el protector de todos aquellos que han buscado donde ensayar sus primeros vuelos, donde hacer sus primeras armas; la palestra donde ejercitáronse muchos de los escritores que más han descollado luego entre los nuestros.

Llegue, pues, en esta fecha el saludo de Nosotros al noble colega cuya creciente ancianidad obliga al más profundo respeto; y alcáncele también el saludo á su director Carlos Vega Belgrano, merced á cuyos esfuerzos débese el que haya siempre navegado ese diario por aguas tan serenas.

«**Josué Carducci**» por *Francisco Capello*—«*La Cultura Española*», la importante revista madrileña trae una extensa y elogiosísima nota bibliográfica sobre la conferencia que el doctor Francisco Capello, profesor de literatura griega en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, pronunció en ella en Abril del corriente año sobre el gran poeta italiano.

Regocijados anotamos este hecho, por lo mucho que sugiere, tanto porque nos dice que ya muchas de nuestras manifestaciones intelectuales, aun las más modestas al parecer, no pasan desapercibidas en Europa, como porque honra á nuestra Universidad en la persona de uno de sus maestros más eminentes.

**Biblioteca Nacional «Nec Plus Ultra»**—Bajo el título de *Corona Fúnebre* el señor Luis F. Suarez ha prologado y reunido en un volumen todas las composiciones que nuestros vates dedicároule al general Mitre, en ocasión de su fallecimiento. Es un libro de pequeño formato en el que codéanse todas las escuelas literarias y todos los géneros poéticos, Calixto Oyuela con Rubén Darío, el soneto con la oda, los buenos con los malos poetas. El valor de esta colección es evidente. Felicitamos por lo tanto á la *Biblioteca Nacional «Nec Plus Ultra»* por su feliz iniciativa, que parece querer continuar, de dar al público, agradables y variados libros, editados elegante y económicamente.